

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 35

SANTIFICACIÓN

*“La voluntad de Dios es vuestra
santificación”.*

1 Tesalonicenses 4:3

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

35

Santificación

Contenido

Importancia de la santificación.....	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Definición de santificación.....	7
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Naturaleza de la santificación	10
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
Cristo y la santificación.....	16
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Santificación definitiva y progresiva	20
<i>John Murray (1898-1975)</i>	
Mortificación y vivificación	25
<i>A. W. Pink (1886-1952)</i>	
El motivo de la santificación	32
<i>Abraham Booth (1734-1806)</i>	
Justificación y santificación.....	37
<i>A. W. Pink (1886-1952)</i>	
Santidad en las cosas pequeñas	39
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	
¡Entonces brillemos!	43
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2021 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

IMPORTANCIA DE LA SANTIFICACIÓN

Arthur W. Pink (1886-1952)

¿Qué es “santificación”? ¿Es una cualidad o posición? ¿Es la santificación algo legal o experimental? Es decir: “¿Es algo que el creyente tiene en *Cristo* o en él mismo? ¿Es absoluta o relativa?”. Con lo que queremos decir: “¿Incluye niveles o no? ¿Es invariable o progresiva?”. “¿Somos santificados en el momento que somos justificados o es la santificación una bendición posterior? ¿Cómo se obtiene esta bendición? ¿Por algo hecho *para* nosotros o *por* nosotros, o ambos? ¿Cómo podemos saber que hemos sido santificados o cuáles son las características, las evidencias, los frutos?... ¿Santificación y purificación son la misma cosa? ¿Tiene la santificación relación con el alma, el cuerpo o ambos? ¿Qué posición ocupa la santificación en el orden de las bendiciones divinas? ¿Cuál es el nexo entre regeneración y santificación? ¿Cuál es la relación entre justificación¹ y santificación?... ¿Cuál es, exactamente, el lugar de la santificación con respecto a la salvación?, ¿la precede o le sigue? ¿O es una parte integral de ella? ¿Por qué hay tanta diversidad de opiniones sobre estos puntos, tanto que, si acaso, hay dos escritores que traten este tema de la misma manera? Nuestro propósito aquí no es, simplemente, multiplicar las preguntas, sino indicar las *muchas facetas* de nuestro tema...

La gran importancia de nuestro tema es evidenciada por la prominencia que le dan las Escrituras: Las palabras *santo*, *santificado*, etc., aparecen cientos de veces. Su importancia también es evidente por el gran valor que se le atribuye: es la gloria suprema de Dios, de los ángeles no caídos, de la Iglesia. En Éxodo 15:11, leemos que el Señor Dios es: “...magnífico en santidad”; esa es su excelencia suprema. En Mateo 25:31, hay mención de “santos ángeles” porque es imposible adjudicarles un honor más elevado. Por Efesios 5:26-27, sabemos que la gloria de la Iglesia radica, no en la suntuosidad ni en su aspecto exterior, sino en su *santidad*. Hay más pruebas en que éste es el objetivo de todas las dispensaciones² de Dios. Escogió a su pueblo para que fuera “santo” (Ef. 1:4); Cristo murió para poder “santificar” a su pueblo (He. 13:12); las disciplinas son enviadas para que “participemos de su santidad” (He. 12:10).

La santificación es, ante todo, la gran promesa del pacto hecha a Cristo para bien de su pueblo. Como bien dijo Thomas Boston³: “[La santificación]

¹ **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en que Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida sólo por fe (*Catecismo de Spurgeon*, P. 32), disponible en CHAPEL LIBRARY.

² **Dispensaciones** – La organización que Dios hace de los eventos por su gobierno y cuidado.

³ **Thomas Boston (1676-1732)** – Pastor y teólogo presbiteriano escocés.

brilla como la luna entre las estrellas menores. La santificación es el propósito subordinado principal del Pacto de Gracia⁴, de la misma importancia que la gloria de Dios, la cual es la principal y definitiva finalidad. La promesa de ella es el centro de todas las demás promesas. Todas las promesas anteriores: La promesa de preservación, del Espíritu, de la primera regeneración o vivificación⁵ del alma muerta, de la fe, de la justificación, de la nueva relación salvadora con Dios, de la reconciliación⁶, de la adopción⁷ y del gozo de Dios como nuestro Dios; tienen en común y están relacionadas con ella como el medio para llegar a su fin. Todas se cumplen en los pecadores con el propósito de hacerlos santos”⁸. El siguiente pasaje lo expresa claramente: “Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre, que nos había de conceder que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días” (Lc. 1:73-75). En ese “juramento” o pacto prometido a Abraham como un tipo de Cristo (nuestro Padre espiritual: He. 2:13), su simiente sirviendo al Señor en santidad es presentada como la promesa principal que se juró al Mediador⁹.

La verdadera santificación no es sólo algo importante, esencial e indescriptible, es también, totalmente sobrenatural. “Es nuestro deber investigar la naturaleza de la santidad evangélica, dado que es un fruto o efecto en nosotros del Espíritu de santificación porque es ilógico y misterioso e imperceptible a los ojos de la razón humana. En cierto sentido, decimos como Job de la sabiduría: “¿De dónde, pues, vendrá la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Porque encubierta está a los ojos de todo viviente y a toda ave del cielo es oculta. El Abadón y la muerte dijeron: Su fama hemos oído con nuestros oídos. Dios entiende el camino de ella, y

⁴ **Pacto de Gracia** – El propósito de Dios, eterno y misericordioso de redención concebido antes de la creación del mundo, anunciado primeramente en Génesis 3:15, revelado progresivamente en la historia, cumplido en la Persona y obra de Jesucristo y apropiado por fe en Él.

⁵ **Regeneración o vivificación** – El acto de Dios de crear una vida nueva en un pecador por el poder del Espíritu Santo, resultando en arrepentimiento y fe en Cristo, y en santidad de vida.

⁶ **Reconciliación** – El cambio en la relación de enemigo en guerra con Dios a estar en paz con Él: En Cristo, Dios reconcilió a pecadores con Él, por medio de la muerte substitutiva y la resurrección de Cristo, la cual los hizo nuevas criaturas, restaurando su unión con Dios.

⁷ **Adopción** – La adopción es un acto de la gracia de Dios, por el cual somos contados entre los salvos y tenemos derecho a todos los privilegios de los hijos de Dios (*Catecismo de Spurgeon*, P. 33), disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁸ Thomas Boston, Un vistazo al Pacto de Gracia de los Registros Sagrados (*A View of the Covenant of Grace from the Sacred Records*) en Las obras completas del que fuera el Rev. Thomas Boston (*The Complete Works of the Late Thomas Boston*), Tomo 8 (London: William Tegg, 1853), 487.

⁹ **Mediador** – Intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote, y rey; cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara” (*Confesión Bautista de Fe de 1689*), disponible en CHAPEL LIBRARY.

conoce su lugar... Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:20-23, 28). Ésta es aquella sabiduría cuyo camino, lugar y sendas son extraños a la mentalidad y comprensión natural de los hombres.

“Nadie, afirmo, puede conocer y comprender debidamente sólo por vista y conducta, la verdadera naturaleza de la santidad evangélica. Por eso, no tiene nada de raro que la doctrina sea despreciada por muchos por considerarla una fantasía entusiasta¹⁰. Está entre las cosas del Espíritu de Dios, de hecho, es el efecto principal de toda su operación *en* nosotros y *hacia* nosotros. Y ‘nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios’ (1 Co. 2:11). Es, exclusivamente por Él, que podemos llegar a saber ‘lo que Dios nos ha concedido’ gratuitamente (2:12) como lo es esto, si es que alguna cosa recibimos de Él en este mundo o recibiremos en la eternidad. ‘Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman’: La comprensión de estas cosas no sucede por obra de nuestras facultades naturales, sino que ‘Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu’ (2:9-10).

“Los creyentes mismos, a menudo, no la conocen muy bien, ya sea en cuanto a la comprensión de su verdadera naturaleza, causas y efectos, o, por lo menos, por lo que respecta a sus propios intereses y preocupaciones en cuanto a ella. Así como no conocemos por nosotros mismos las obras realizadas en nosotros por el Espíritu de Dios, rara vez le damos la atención que deberíamos a sus instrucciones en cuanto a ellas. Puede parecer extraño que, aunque todos los creyentes son santificados, ino perciben ni comprenden lo que obra *en* ellos ni *para* ellos ni lo que mora *con* ellos! Pero, lastimosamente, poco sabemos de nosotros mismos, de lo que somos y en qué radican nuestros poderes y facultades, aun en el aspecto natural. ¿Acaso sabemos cómo los miembros del cuerpo se forman en la matriz?”¹¹.

Una prueba clara de que la verdadera santificación es enteramente sobrenatural y que escapa totalmente al entendimiento del no regenerado, es el hecho de que viven completamente engañados y fatalmente seducidos por las imitaciones carnales y sustituciones satánicas de la santidad verdadera. No cabe aquí entrar en detalle sobre los diversos errores que pretenden ser santidad evangélica, pero los pobres papistas, enseñados a confiar en los “santos” canonizados por su “iglesia”, distan de ser los únicos engañados en cuanto a este tema vital. Si no fuera porque la Palabra de Dios revela con tanta claridad el poder de esa oscuridad en el entendimiento de todos los que no son enseñados por el Espíritu, sorprendería, en gran manera, ver a tanta gente inteligente suponiendo que la santidad consiste de abstenerse de las

¹⁰ **Fantasía entusiasta** – Falsa ilusión mística, imaginación religiosa desviada.

¹¹ John Owen, Un discurso sobre el Espíritu Santo (*A Discourse Concerning the Holy Spirit*) en Las obras de John Owen (*The Works of John Owen*), Tomo 3 (Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1981), 371-73.

comodidades humanas, vestirse pobremente y consagrarse a prácticas austeras que Dios nunca ha ordenado.

La santificación espiritual puede ser comprendida correctamente, sólo por lo que le agradó a Dios revelar en su Santa Palabra y, únicamente, puede ser conocida por experiencia por las operaciones de gracia del Espíritu Santo. No podemos arribar a ninguna conclusión acertada sobre este tema bendito, *a menos que nuestros pensamientos sean formados por las enseñanzas de la Escrituras*, y sólo podemos experimentar el poder de las mismas, según al Inspirador de esas Escrituras le plazca escribirlas en nuestros corazones... Aun un examen superficial de la Escrituras revela que la santidad es lo opuesto al pecado; no obstante, tener conciencia de esto nos lleva inmediatamente a un ámbito de misterio porque, ¿cómo puede alguien ser pecador y a la vez santo? Esta dificultad sacude profundamente a los verdaderos santos: perciben en ellos mismos tanta carnalidad¹², inmundicia y vileza, que les resulta casi imposible, creer que son santos... No debemos anticipar aquí el terreno que esperamos cubrir, excepto para decir que la Palabra de Dios enseña claramente que los que son santificados por Dios son *santos en sí mismos*. [Quiera] el Señor preparar nuestros corazones para lo que sigue.

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*), reimpresso y disponible en CHAPEL LIBRARY.

A.W. Pink (1886-1952): Autor de *Estudios en las Escrituras* (*Studies in the Scriptures*) y numerosos libros; nacido en Nottingham, Inglaterra.



¹² **Carnalidad** – Inclinationes carnales, mundanas o sensuales.

DEFINICIÓN DE SANTIFICACIÓN

Octavius Winslow (1808-1878)

Mientras estamos en el umbral de nuestro tema, establezcamos una premisa: Existe un orden, al igual que una armonía, en las operaciones del Espíritu que es muy importante [observar]... El orden del Espíritu es éste: *Regeneración* del corazón primero, luego su santificación. Si invertimos esto, alteramos cada parte de su obra, y en cuanto a lo que abarca nuestro beneficio individual, lo hace totalmente inútil... La santificación tiene su comienzo y su crecimiento diario en un principio de vida implantado en el alma por el Espíritu eterno. Buscar santidad en un individuo todavía muerto en pecado, es buscar fruto donde no fue sembrada una semilla, buscar señales de vida donde no existe ningún principio de vida. Es, en las palabras de nuestro Señor: Pretender cosechar “uvas de los espinos” (Mt. 7:16). El primer e imperioso deber del hombre no regenerado es postrarse en profunda humillación y verdadero arrepentimiento delante de Dios. La mirada altanera tiene que tornarse sumisa, y el rebelde tiene que ser humillado. Alguien abrumado por un sentido de culpa tiene que posar su mirada de fe en el Salvador crucificado y obtener de Él vida, perdón y aceptación. Es muy cierto que es indispensable seguir “la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14); pero todo intento de lograr santidad antes de arrepentirse delante del Señor y de confiar en Jesucristo, no hará más que decepcionar al alma que la busca.

Por esta obra de renovación..., los motivos y exhortaciones a una vida de santidad, encuentran una pronta respuesta en el corazón [el cual es] ya el templo del Espíritu Santo. La semilla incorruptible (1 P. 1:23) allí sembrada, germina y llega a ser planta que florece y madura hasta dar frutos de santidad. El manantial de “agua viva” allí creado, brota y vierte su corriente de vida y pureza, adornando y fertilizando el jardín del Señor. Entonces, tengamos cuidado de no querer alterar lo establecido y de invertir el orden de la obra del Espíritu bendito...

¿Qué es la verdadera santificación? La pregunta tiene mucha más importancia de lo que parece a simple vista. Existen conceptos contrarios a las Escrituras, no sólo entre los inconversos, sino también en la Iglesia de Cristo. Aun así, cada hijo amado de Dios que sinceramente desea seguir plenamente al Señor y vivir como Templo del Espíritu Santo, siente una profunda necesidad de la enseñanza del Espíritu en una cuestión tan personal y tan trascendental como ésta... La santificación ha sido definida como “la obra del Espíritu de Dios, por la que somos renovados en todo a imagen de Dios y nos vamos capacitando, más y más, para morir al pecado y

vivir para Dios”¹³. Breve y enfáticamente, es *una conformidad de la totalidad del hombre a la naturaleza divina*.

[Durante la época del sacerdocio levítico], el término *santificado* tenía un significado muy particular. Se decía que las personas y cosas santificadas eran las “separadas, apartadas y ofrecidas a Dios”. De esta manera, el mobiliario del templo era declarado *santo* o *santificado*; el arca, el altar, todos los utensilios del templo y las vestiduras de los sacerdotes eran considerados santificados porque [habían sido] apartados y dedicados a Dios. Por la misma razón, se decía que las personas eran santificadas porque estaban consagradas, exclusivamente, a servir. Habiendo pasado la dispensación de rituales, naturalmente, la palabra ha pasado a tener un significado más integral y evangélico: Ahora se usa para expresar *el desarrollo del creyente en conformidad con el corazón, la voluntad y la imagen de Dios*.

Al explicar la naturaleza de la santificación basándonos en las Escrituras, en primer lugar, hemos de establecer la espiritualidad de la Ley Divina. En un sentido,... el creyente está muerto a la Ley. Su unión con Cristo lo ha librado de la Ley que consistía en un pacto de obras... Los creyentes son “aceptos en el Amado” (Ef. 1:6): perdonados, justificados y santificados en Cristo... El creyente en Cristo ha sido librado de [la Ley] *teniendo como base la aceptación*, no como un estándar de santidad... Santificación es, entonces, una conformidad creciente con la espiritualidad de la Ley Divina... Cuánto más sea el parecido del creyente con la espiritualidad de la Ley de Dios en su vida, su temperamento y hábito de su mente, sus principios, su andar cotidiano en el mundo y fuera del mundo, entre los santos o rodeado por los impíos, está avanzando en su alma más a fondo la obra de santificación.

En todo esto, hay más que una simple entrega de la voluntad a Dios. El santo Robert Leighton¹⁴ ha comentado que decir de corazón: “Sea hecha tu voluntad”, constituye la esencia misma de la santificación. Hay mucha verdad en esto, más de lo que pueda parecer a simple vista. Antes de la conversión, la voluntad —el principio rector del alma— es la sede de toda la oposición a Dios. Se levanta contra Dios, su gobierno, su Ley, su Providencia, su Gracia, y contra su Hijo. La voluntad del hombre es hostil a *todo* lo que tiene que ver con Dios, la voluntad no regenerada del hombre es hostil. Aquí yace lo profundo de la *impiedad* del hombre. Su voluntad está contra Dios: mientras se niegue a obedecerle, la criatura sigue siendo impía. No necesitamos argumentos extensos para demostrar que cuando la voluntad, renovada por el Espíritu Santo, se somete a Dios, la santidad del creyente es en proporción directa al grado de su sumisión... La voluntad de Dios es supremamente obedecida en el cielo y en esto consiste la santidad y la felicidad de sus gloriosos moradores...

¹³ *Catecismo de Spurgeon*, P. 34, disponible en CHAPEL LIBRARY.

¹⁴ **Robert Leighton** (1611-1684) – Pastor escocés conocido por su vida humilde y santa.

La verdadera santificación es la voluntad revelada de Dios en la que el creyente debe andar como un niño obediente: “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar” (Is. 48:18). Y cuando las siguientes son las reacciones de su alma: “He amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro. Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, aborrecí todo camino de mentira... Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón” (Sal. 119:127-129, 32), el alma está madurando en santidad y haciéndose apta “para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12).

Además, la santificación incluye una creciente semejanza a la imagen de Cristo. ¡Con cuánta hermosura y exactitud se ha presentado esto en su Palabra! La exhortación de nuestro amado Señor es: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29). La misma verdad es evidente en los escritos de sus Apóstoles: “A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29)... Tenemos aquí un modelo glorioso de un hijo de Dios. Santificación es la conformidad a la imagen y al ejemplo de Cristo. Cuanto más avanza el creyente en su imitación de Cristo, más está avanzando en santidad. Por el contrario, cuanto menos se asemeja a Cristo, en sus principios, en el hábito de su mente, en su espíritu, temperamento, diario vivir, en cada acción y en cada mirada, menos avanza en la gran obra de santidad.

Tomado de La santificación del Espíritu (*The Sanctification of the Spirit*), 105-36, en La obra del Espíritu Santo (*The Work of the Holy Spirit*), reimpresso por The Banner of Truth Trust, www.bannerofttruth.org, usado con permiso.

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor no conformista; nacido en Londres, Inglaterra.



Cuando el término santificación se aplica a los cristianos, se usa para designar tres cosas o tres partes de un todo: Primero, el proceso de ser apartados para Dios o de constituirlos santos (He. 13:12; 2 Ts. 2:13); segundo, el estado o condición de una separación santa a la cual son llevados (1 Co. 1:2; Ef. 4:24) y tercero, la santidad personal evidenciada por un vivir santo que procede de este estado (Lc. 1:75; 1 P. 1:15). —A. W. Pink

NATURALEZA DE LA SANTIFICACIÓN

J. C. Ryle (1816-1900)

“La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3).

Me temo que el tema de la santificación es uno que a muchos les desagrada considerablemente. Algunos hasta lo rechazan con desprecio y desdén. Lo último que quisieran es ser un “santo” o un hombre “santificado”. No obstante,... es un tema de suma importancia para nuestras almas. Si la Biblia dice la verdad, entonces es cierto que, a menos que seamos “santificados”, no seremos salvos. Hay tres cosas que, según la Biblia, son absolutamente necesarias para la salvación de cada hombre y mujer en la cristiandad. Estas tres son: Justificación, regeneración y santificación. Las tres se encuentran en cada hijo de Dios: El que ha aceptado a Cristo como su Señor y Salvador es nacido de nuevo, justificado y santificado. Al que le falte uno de estos tres elementos, no es un verdadero cristiano a los ojos de Dios y, si muere en esta condición, no lo encontraremos en el cielo ni será glorificado en el día final.

Éste un tema muy apropiado para esta época porque han aparecido últimamente, doctrinas extrañas, sobre todo, acerca del tema de la santificación. Algunas de estas doctrinas parecen confundirla con la justificación. Algunos la rebajan al grado de anularla bajo la excusa de tener un gran celo por la gracia y la descuidan, prácticamente, en su totalidad. Otros tienen tanto temor de que las “obras” sean incluidas como parte de la justificación, que casi ni pueden encontrarle un lugar a las “obras” en su religión. Otros más, adoptan una norma equivocada con respecto a la santificación, nunca la logran, desperdician sus vidas en repetidos cambios, de iglesia en iglesia, de congregación en congregación y de secta en secta con la esperanza inútil de que encontrarán lo que quieren. En tiempos como éste, un examen sereno del tema, como uno de los temas principales del evangelio, puede ser de mucho provecho para nuestras almas... Si usted es un cristiano reflexivo, razonable y sensible, me atrevo a decir que encontrará que vale la pena tener algunos conceptos claros acerca de la santificación.

NATURALEZA DE LA SANTIFICACIÓN: Santificación es la obra espiritual interior que el Señor Jesucristo lleva a cabo en el hombre por medio del Espíritu Santo cuando lo llama a ser un verdadero creyente. No sólo 1) Lo limpia de sus pecados con su propia sangre, sino que también, 2) Lo separa de su amor natural por el pecado y el mundo, 3) Pone un principio nuevo en su corazón y 4) Lo hace practicar la piedad en su vida. El instrumento por el cual el Espíritu hace esto es, generalmente, la Palabra de Dios, aunque a veces usa aflicciones y visitaciones providenciales “sin

palabra” (1 P. 3:1). El sujeto de esta obra de Cristo por su Espíritu es llamado en las Escrituras un hombre “santificado”.

El que supone que Jesucristo sólo vivió, murió y resucitó a fin de proveer justificación y perdón de pecado a su pueblo, tiene todavía mucho que aprender. Aunque lo sepa o no, está deshonrando a nuestro bendito Señor y convirtiéndolo en apenas un Salvador a *medias*.

El Señor Jesús se ha hecho cargo de todo lo que las almas de los suyos requieren; no sólo para librarlos de la *culpa* de sus pecados por medio de su muerte expiatoria, sino también del *dominio* de sus pecados, colocando al Espíritu Santo en sus corazones, no únicamente para justificarlos, sino también para santificarlos. Es Él, de este modo, no sólo la “justicia” del creyente, sino su “santificación” (1 Co. 1:30). Prestemos atención a lo que dice la Biblia: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados” (Jn. 17:19). “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado” (Ef. 5:25-26), Jesucristo “...se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14), Cristo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 P. 2:24), “...os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él” (Col. 1:21-22). Consideremos con cuidado el significado de estos cinco textos. *Si algo significan esas palabras, es que Cristo lleva a cabo la santificación, tal como lo hace en el caso de la justificación de su pueblo creyente.* Se hace provisión para ambas igualmente, “en ese pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y... guardado” (2 S. 23:5), del cual el Mediador es Cristo. De hecho, Cristo es llamado en otro lugar, “el que santifica” y a su pueblo se le llama “los que son santificados” (He. 2:11).

El tema que tenemos ante nosotros es tan profundo y de tanta importancia que requiere protegerlo, vigilarlo, aclararlo y delinearlo por todos sus costados... Por lo tanto, no vacilo en exponer a mis lectores a una serie de proposiciones o declaraciones conectadas, tomadas de las Escrituras, que creo encontrarán útiles para definir la naturaleza exacta de la santificación... Algunas de ellas pueden ser discutidas y rebatidas, pero dudo que alguna pueda ser descartada o encontrada falsa. Sólo pido para ellas una consideración justa e imparcial.

Santificación es, pues, el resultado invariable de esa unión vital con Cristo¹⁵ que la fe auténtica da al cristiano. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:5). La rama que no lleva fruto, no es una rama viva en la vid. La unión con Cristo que no produce ningún efecto en la vida, es una mera unión de forma, que no tiene valor ante Dios. La fe que no tiene

¹⁵ Ver FGB 214, *Union with Christ*, en inglés (Unión con Cristo), disponible en CHAPEL LIBRARY.

una influencia santificadora sobre el carácter del creyente, no es mejor que la fe de los demonios. Es una fe “muerta en sí misma” (Stg. 2:17). No es un don de Dios. No es la fe de los escogidos de Dios. En resumen, donde no hay una santificación de la vida, *no hay una fe verdadera en Cristo*. La fe verdadera obra por el amor. Constríñe al hombre a vivir para el Señor como efecto de un profundo sentido de gratitud por su redención. Le hace sentir que nunca puede hacer demasiado por Aquel que murió por él. Habiendo sido perdonado por mucho, mucho ama. Aquel a quien la sangre de Cristo lo limpia, vive en la luz. El que tiene una auténtica esperanza viva, se purifica a sí mismo, tal como el Señor es puro (Stg. 2:17-20; Tit. 1:1; Gá. 5:6; 1 Jn. 1:7; 3:3).

Santificación es el resultado y la consecuencia inseparable de la regeneración. El que es nacido de nuevo y hecho nueva criatura, recibe una nueva naturaleza y nuevos principios de vida, y vive siempre una vida nueva. Una supuesta regeneración que puede tener el hombre y, no obstante, vivir en el pecado o mundanalidad, sin importarle, es una regeneración inventada por teólogos poco inspirados, que las Escrituras no mencionan. Por el contrario, Juan dice expresamente que: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Jn. 3:9), “hace justicia... ama a su hermano” (3:10); “vence al mundo” y “Dios le guarda” (5:4, 18). En suma, donde no hay santificación, *no* hay regeneración y donde no hay una vida santa, no hay un nacimiento santo...

Santificación también es la única certeza de la evidencia de que el Espíritu Santo mora en él, lo cual es esencial en la salvación. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro. 8:9). El Espíritu no se mantiene dormido ni inactivo dentro del alma; siempre da a conocer su presencia por el fruto que causa que nazca en el corazón, en el carácter y en la vida. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza” y cosas similares (Gá. 5:22-23). Donde existen estas virtudes, allí está el Espíritu; donde faltan, los hombres están muertos para Dios... Es necio suponer que tenemos el Espíritu si no andamos en el Espíritu (Gá. 5:25). Podemos depender de esto como una gran certeza: *Que donde no hay un vivir santo, no hay Espíritu Santo...* “...Todos los que son guiados [realmente] por el Espíritu de Dios, éstos” *estos únicamente* “son hijos de Dios” (Ro. 8:14).

Santificación también es la única señal segura de la elección de Dios. Los nombres y la cantidad de escogidos son algo secreto, sin duda, que Dios se ha guardado para Él y no ha revelado al hombre. No nos es dado en este mundo estudiar las páginas del Libro de la Vida y ver los nombres que contiene. Pero hay una realidad clara y simple de la elección y es ésta: *Que los hombres y mujeres escogidos pueden ser conocidos y distinguidos por su vida santa. Está escrito expresamente que...* “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos” (Ef. 1:4). Por esto, cuando Pablo vio el obrar de la “fe y el “amor” en la práctica y la “esperanza paciente” de los

creyentes tesalonicenses, dijo: “Conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección” (1 Ts. 1:3-4). El que se vanagloria de ser uno de los escogidos de Dios mientras que, intencional y habitualmente, vive en pecado, sólo se engaña a sí mismo y blasfema. Por supuesto que es difícil saber lo que realmente es la gente; muchos que parecen bastante buenos externamente, pueden resultar hipócritas con un corazón corrupto. Pero el individuo en el que no hay, al menos, *alguna* indicación externa de santificación, podemos estar seguros de que tampoco es escogido...

Santificación es algo de lo cual cada creyente es responsable... Afirmo que los creyentes son, principal y particularmente, responsables, y tienen una obligación especial de vivir una vida santa. No son como los demás: muertos, ciegos y carentes de renovación; están vivos para Dios, tienen luz, conocimiento y nuevos principios dentro de ellos. ¿Quién tiene la culpa de que no sean santos, sino ellos mismos? ¿A quién le pueden echar la culpa de que no son santificados, sino a ellos mismos? Dios, quien les ha dado gracia, un corazón nuevo y una naturaleza nueva, los ha dejado sin excusas, si no viven para su alabanza.

Éste es un punto demasiado olvidado... La Palabra de Dios siempre dirige sus preceptos a los creyentes como seres que rendirán cuentas y a quienes considera responsables. Si el Salvador de pecadores nos otorga una gracia renovadora y nos llama por medio de su Espíritu, podemos estar seguros de que espera que usemos esa gracia y que no nos quedemos dormidos. Olvidar esto es lo que causa que muchos creyentes constriñan al Espíritu Santo (Ef. 4:30) y los lleva a ser cristianos *muy inútiles y desagradables*.

Santificación es un proceso que admite crecimiento y grados. El hombre puede subir de un escalón de santidad a otro y ser mucho más santificado en un periodo de su vida que en otro.

No puede ser más perdonado ni más justificado que en el momento en que creyó, aunque sienta que va creciendo. Si puede ser más santificado porque cada gracia en su nuevo carácter puede ser fortalecida, aumentada y profundizada... Y hay un punto en el que coinciden los santos más consagrados de Dios, que es éste: Ven más, saben más, sienten más, hacen más, se arrepienten más y creen más al ir creciendo en su vida espiritual y en proporción a cuan cerca caminan de Dios. En resumen, “creced en gracia” (2 P. 3:18) como exhortan San Pablo y San Pedro que lo hagan los creyentes y que “abundéis más y más” (1 Ts. 4:1).

Santificación es algo que depende mucho del uso diligente de las Escrituras. Los “medios de gracia” son la lectura de la Biblia, la oración privada y la adoración regular a Dios en la iglesia, donde se escucha la enseñanza de la Palabra y se participa de la Cena del Señor. El hecho simplemente es que nadie que descuida tales cosas puede pretender progresar significativamente en santificación. No encuentro ningún registro de ningún santo eminente que haya descuidado estos ejercicios espirituales.

Son los canales designados por medio de los cuales el Espíritu Santo nos suple gracia fresca al alma y fortalece la obra que comenzó en el hombre interior... Nuestro Dios es un Dios que obra a través de medios y nunca bendice el alma del que pretende ser superior y muy espiritual, prescindiendo de ellos.

Santificación no es algo que previene al hombre de tener muchos conflictos espirituales interiores. Por conflicto, quiero decir una lucha dentro del corazón entre la vieja y la nueva naturaleza, la carne y el Espíritu que cohabitan en cada creyente (Gá. 5:17). Un sentido profundo de esa lucha y la gran inquietud mental derivada de ella, no prueban que alguien no sea santificado. No, más bien, creo que son síntomas saludables de nuestra condición, que prueban que no estamos muertos, sino vivos. Un verdadero cristiano es aquel que, no sólo tiene paz en su conciencia, sino también libra una guerra en su interior. Tal creyente puede ser conocido por sus luchas, al igual que por su paz...

Santificación es algo que no puede justificar al hombre y, no obstante, agrada a Dios. Las acciones más santas del santo más santo que jamás haya vivido, todas, en menor o mayor grado, tienen defectos e imperfecciones. Sus motivaciones están erradas o defectuosas en su manifestación y, en sí mismas, no son más que “pecados espléndidos”, merecedores de la ira y condenación de Dios. Suponer que tales acciones pueden aguantar la severidad del juicio de Dios, expiar el pecado y merecer el cielo es, sencillamente, absurdo. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado...”. “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:20, 28). La única justicia con la cual podemos comparecer ante Dios es la justicia de Otro¹⁶ —es la justicia perfecta de nuestro Sustituto¹⁷ y Representante, Jesucristo el Señor. Su obra, y no la nuestra, es nuestro único derecho de entrada al cielo—. Ésta es una verdad que deberíamos estar dispuestos a defender hasta la muerte.

A pesar de todo esto, la Biblia nos enseña claramente que las acciones santas del hombre santificado, aunque imperfectas, son agradables a los ojos de Dios. “De tales sacrificios se agrada Dios” (He. 13:16). “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo... porque esto agrada al Señor” (Col. 3:20). “Hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Jn. 3:22). Nunca olvidemos esto porque es una doctrina muy reconfortante. Como un padre se complace por los esfuerzos de su hijito por complacerlo, aunque no sea más que cortando una margarita o caminando hacia él de un extremo hacia otro de un cuarto, así se complace nuestro Padre celestial con las pobres actuaciones de sus hijos creyentes. Él se fija en las motivaciones, los principios y las intenciones de sus acciones, y no meramente, en su cantidad

¹⁶ Ver Portavoz de la Gracia N° 7: *Justicia Imputada*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

¹⁷ Ver Portavoz de la Gracia N° 9: *Sustitución*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

y calidad. Los considera miembros de su propio Hijo amado y, por Él, se complacerá, donde quiera que haya un solo ojo puesto en Él...

Por último, la **santificación es absolutamente necesaria, a fin de capacitarnos y prepararnos para ir al cielo**. La mayoría de las personas espera ir al cielo cuando muera; pero me temo que pocos, se toman la molestia de preguntarse si disfrutarán del cielo si van allí. El cielo es esencialmente un lugar santo, todos sus habitantes son santos; sus ocupaciones son todas santas. Para ser realmente felices en el cielo, resulta claro que tenemos que prepararnos para ir al cielo mientras estamos en la tierra... Si acaso llegara al cielo, ¿qué haría allí un hombre no santificado? Encaremos esa pregunta de frente, al igual que su respuesta. No es posible que alguien sea feliz, si no está en su elemento y donde nada a su alrededor coincide con sus gustos, hábitos y carácter. Cuando un águila sea feliz en una jaula de hierro, cuando una oveja sea feliz en el agua, cuando el búho sea feliz recibiendo los rayos del sol del mediodía, cuando un pez sea feliz en tierra seca, entonces, y sólo entonces, admitiré que el hombre no santificado pudiera ser feliz en el cielo.

Extraído de J.C. Ryle, Santidad: Su naturaleza, obstáculos, dificultades y raíces
(*Holiness: Its Nature, Hindrances, Difficulties, and Roots*), disponible en CHAPEL
LIBRARY.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana, autor de Santidad y Nudos desatados (*Holiness and Knots Untied*), y muchos otros; nacido en Macclesfield, Cheshire County, Inglaterra.



CRISTO Y LA SANTIFICACIÓN

Octavius Winslow (1808-1878)

Por medio de revelaciones sencillas, íntimas y minuciosas de la cruz de Cristo, el Espíritu santifica eficazmente al creyente. Éste es el verdadero y gran método de santificación evangélica. En esto radica el secreto de toda santidad verdadera y, permítanme agregar, de toda felicidad verdadera. Porque si separamos la felicidad de la santidad, separamos aquello que, en el Pacto de Gracia, Dios ha unido sabia e indisolublemente. La experiencia del verdadero creyente tiene que dar testimonio de ello. Sólo somos *felices* en la medida en que somos *santos*; a medida que el cuerpo de pecado es diariamente crucificado y a medida que el poder del principio de pecado en nosotros se va debilitando y se conforma mejor al ejemplo de Jesús. Por lo tanto, no busquemos un andar feliz aparte de un andar santo. Probablemente, tendremos pruebas; de hecho, las tendremos si estamos dentro del pacto del Señor porque Él mismo ha dicho: “En el mundo tendréis aflicción” (Jn. 16:33). Tendremos desilusiones —camino escabrosos, cielos invernales, pero si andamos en comunión con Dios, caminando en la luz, creciendo en todo lo que concierne a las cosas de Dios, [con] el Espíritu de adopción morando en nosotros, podremos avanzar hacia una entrega filial y sin reservas— ¡Oh, hay felicidad inmarcesible, aun en la profundidad misma de aflicciones exteriores! *Un andar santo es un andar feliz*. Éste es el orden divino y, por lo tanto, tiene que ser sabio y bueno.

El Espíritu santifica, de manera especial y eficaz, por medio de la cruz de Jesús. Ampliemos este punto, no sólo porque Él mismo lo presenta en su Palabra, sino también por la firme convicción de que poco se puede avanzar en santidad sin un conocimiento creciente de Cristo como la santificación del creyente. Una referencia a la Palabra de Dios pone esta verdad en su correcta perspectiva. “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). No sólo los salvará de la culpa y condenación del pecado, sino también del poder o la soberanía del pecado, de manera que “el pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14)... También, “a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los *santificados en Cristo Jesús*” (1 Co. 1:2). Pero la referencia más impresionante sobre esta verdad importante se encuentra en el versículo 30 del mismo capítulo 1 de 1 Corintios, donde menciona, especialmente, al Señor Jesús como hecho por Dios la *santificación* de su pueblo: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. Es *esencial* para una comprensión correcta del tema, saber en qué sentidos es Cristo hecho nuestra santificación, de modo que creyendo en Él y recibéndole como tal, “crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Ef. 4:15).

En primer lugar, la obra expiatoria de Cristo sienta el fundamento de la santificación. Abre el camino por el cual Dios, por así decir, puede tratar con el alma, la importante cuestión de su santidad. Sólo sobre la base de la honra a su Ley, su santidad asegurada y su justicia satisfecha, puede Dios, en su misericordia, tener comunicación con el pecador. Vemos aquí la gran gloria de Jesús como el Dios-Hombre Mediador. Su obra expiatoria abre el cauce por el cual Dios, sin comprometer ni una perfección de su naturaleza, puede comunicar al alma, el poder salvador y santificador de su gracia. La obediencia y el derramamiento de la sangre de nuestro Amado Señor están siempre conectados en la Palabra divina con la santificación de la Iglesia. Bastarán unos pocos ejemplos para demostrarlo.

Refiriéndose a la santificación legal, pero imperfecta de los sacrificios bajo la ley, el Apóstol presenta un argumento a favor de la santificación superior por medio de la sangre de Jesús. “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:13-14... Consulte el lector también los siguientes pasajes: Ro. 5:9; 1 P. 3:18; Col. 1:14, He. 2:14-15; 1 Jn. 4:10).

Es así que la sangre expiatoria de Jesús sienta el fundamento de todos los niveles de santificación futuros. La cruz de Cristo es, por así decir, el punto de partida del alma en esta gloriosa carrera de santidad y la meta a la cual retorna. *Por* ella, el cuerpo de pecado es herido, y herido fatalmente. *De* ella fluyen perdón, paz y santidad. *Y a través* de ella, el alma se acerca a Dios cada día en entrega santa a su servicio. Nadie sueñe con una verdadera mortificación del pecado, de una santificación real del corazón que no se relacione constante, cercana y confiadamente con la sangre expiatoria de Jesús. El Espíritu Santo trae la cruz al corazón y lo constriñe a morir al pecado. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gá. 2:20), “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10). “Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gá. 6:17) —*y ve cómo la cruz levantó [a Pablo] por encima del mundo y lo hizo morir a él*—. “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). Así fue que Pablo anheló y obtuvo santidad.

La intercesión de nuestro Señor Jesús ruega y asegura la santificación del creyente. En este sentido, puede decirse que “nos ha sido hecho por Dios... santificación”. Es posible que el lector cristiano no perciba bien la relación estrecha de cada gracia y bendición espiritual que recibe con la defensa de Jesús a la diestra de Dios. (*¡Señor, aumenta nuestra fe en esta verdad grandiosa y santificadora!*). Estando aún sobre la tierra, nuestro amado Señor comenzó esa obra de intercesión para la santificación de la Iglesia la cual, para

completar y continuar más plenamente, ascendió a lo Alto. Ésta era la carga de su oración y constituye, como observa John Owen, “el manantial bendito de nuestra santidad”; —“Santificalos en tu verdad” (Jn. 17:17)—. Y no sólo lo dejaría, por así decir, como un modelo de la intercesión de su sacerdocio exaltado, sino también para brindar una evidencia de su éxito con el fin de alentarnos. A Pedro, a punto de pasar por una tentación severa, le dijo: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:32). Y su fe *no* faltó. Fue zarandeado, severamente sacudido, puesto duramente a prueba *¡pero no faltó!* No se perdió en el refinamiento ni una partícula del oro puro, ni un grano del trigo puro en el zarandeo. ¿Por qué? *Porque Jesús había intercedido y su intercesión fue totalmente vencedora.* ¡Oh, las bendiciones vastas y valiosas que fluyen dentro del alma gracias a la intercesión de Cristo! Nunca sabremos el alcance total de esto hasta que pasemos dentro del velo. Sabremos entonces, el secreto de nuestra vida espiritual, de todos nuestros apoyos, consolaciones y victorias: por qué el barco en la tormenta entre las rocas no terminó en un naufragio; por qué, cuando azotaban las tentaciones, las angustias presionaban, las aflicciones abrumaban y prevalecía la incredulidad, nuestra fe no faltó y nuestra (pequeña embarcación) no se soltó de sus amarres y que “de lo profundo” (Sal. 130:1) pudimos clamar: “A Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús” (2 Co. 2:14). El secreto entonces, se revelará; *la intercesión de Jesús nuestro gran Sumo Sacerdote.*

Cuán dulce y consolador es para el creyente en la hora de su muerte, cuando confinado a su cuarto solitario o languideciendo en su lecho de “enfermedad” (Is. 38:12), recuerda a nuestro excelso Emanuel. Sumido profundamente en el dolor para llevar en oración a su espíritu angustiado — su cuerpo tan debilitado por la enfermedad y atormentado por el dolor, que ni siquiera puede tener un pensamiento espiritual— *¡Oh, qué dulce es en ese momento la intercesión de Jesús!* Cuán dulce es saber en la hora extrema del alma, cuando se han agotado el sentimiento y poder humanos, que Jesús ha entrado al cielo “para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (He. 9:24). Y cuando toda expresión humana ha dejado de ser sobre la tierra, cuando el corazón está destrozado y los labios sellados, levantar los ojos y ver a nuestro Hermano mayor, el Hermano nacido para nuestra adversidad, excelso Sumo Sacerdote, agitando el incensario de oro ante el trono mientras la nube de su mérito expiatorio se presenta ante el trono de misericordia, llevando a la persona, el nombre, las circunstancias y las necesidades del que en la tierra sufre; ¡evangelio precioso que muestra al ojo de la fe una perspectiva dulce como ésta! Cuando no tienes ya la capacidad de pensar en Él, alma afligida, Él está pensando en *tú*. Cuando no puedes orar a Él, Él está orando por *tú* porque está “viviendo siempre para interceder” (He. 7:25). Pero nuestro Señor Jesús es la santificación del creyente en, aún otro, aspecto bendito.

Veámoslo como la Cabeza de toda plenitud intercesora de su pueblo. “Agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). He aquí la

santificación del creyente que lamenta la existencia y el poder del pecado en él, sintiendo que es más pesada su carga y más profunda la causa de su tristeza. En su creciente descubrimiento del mal escondido —cada sucesiva introspección puede ser más profunda y tenebrosa que la anterior— ¿a dónde más que a Jesús acudirá? ¿Hacia dónde puede volar más que a su cruz? Acorralado por todos los costados por una hueste de filisteos espirituales, sin que aparezca ninguna vía de escape, el Espíritu eterno conduce al alma a una mirada sencilla de Jesús, le muestra el vasto tesoro de su gracia y recibe gratuitamente a todos los que a Él acuden. ¿Y qué encuentra en esa plenitud? Todo lo que anhela: El perdón del pecado, esconder su imperfección, vencer la incredulidad y romper el poder de una terrible corrupción. Se encuentra con que hay lo suficiente en Cristo para hacerlo santo; que al llevar simplemente sus pecados a Jesús, le son perdonados; al llevarle sus marcadas debilidades, desaparecen; al llevarle sus necesidades, son satisfechas. En suma, encuentra que Cristo es su “sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30).

Tomado de Las obras del Espíritu Santo (*The Works of the Holy Spirit*), reimpresso por The Banner of Truth Trust.



Podemos referirnos a los creyentes como aquellos que son santificados por Dios el Padre, es decir, son apartados para un fin especial. Fueron apartados antes de ser creados, fueron legalmente apartados porque Cristo los compró, son manifiesta y visiblemente, apartados por el llamado eficaz del Espíritu de gracia.

—*Charles Spurgeon*

SANTIFICACIÓN DEFINITIVA Y PROGRESIVA

John Murray (1898-1975)

Cuando hablamos de santificación, por lo general, pensamos en ese proceso por el cual el creyente se transforma gradualmente en su corazón, mente, voluntad y conducta, y se va conformando, cada vez más, a la voluntad de Dios y a la imagen de Cristo, hasta que al morir su espíritu incorpóreo¹⁸ es perfeccionado en santidad; y, en la resurrección, su cuerpo también será conformado a la imagen del cuerpo glorificado de Cristo. Es bíblico aplicar el término *santificación* a este proceso de transformación y conformación. Además, es un hecho, demasiadas veces olvidado, que en el Nuevo Testamento, los términos más característicos que se refieren a la transformación, son usados, no como un proceso, sino como *un acto definitivo, de una vez para siempre*.

Pensamos correctamente que el llamado, la regeneración, la justificación y la adopción son actos de Dios efectuados de una sola vez y no requieren ni admiten repetición. Son, por su naturaleza, *definitivos*. Una gran parte de las enseñanzas del Nuevo Testamento, coloca a la santificación en esta categoría. Cuando Pablo, por ejemplo, se dirige a los creyentes en Corinto llamándolos de la iglesia de Dios, “santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (1 Co. 1:2) y, más adelante en la misma epístola, les recuerda que han sido lavados, santificados y justificados (1 Co. 6:11). Coordinó su santificación con el llamado eficaz, con su identificación como santos, con la regeneración y con la justificación. Además, en 2 Timoteo 2:21 leemos: “Si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”; tal declaración no deja lugar a dudas de que el término *santificado* es usado en el mismo sentido. Y cuando Pablo dice: “...así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef. 5:25ss), es muy probable que sea la santificación a la cual se refiere en términos de “lavamiento del agua por la palabra”. Aunque en Hechos 20:32 y 26:18, “los santificados” pueden referirse a la santificación total de la era que vendrá, el uso de la palabra en las epístolas de Pablo favorece el significado de que los creyentes son *los santificados*.

Santificación [sustantivo] tiene una connotación similar. “No nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Ts. 4:7). “Dios os [ha] escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio”

¹⁸ **Incorpóreo** – Que carece de cuerpo.

(2 Ts 2:13-14). Los vocablos usados para significar *purificación* se usan en el mismo sentido (Hch. 15:9; Ef. 5:26; Tit. 2:14).

Por todo esto, estamos obligados a tener en cuenta el hecho de que la palabra santificación es usada para referirse a una acción decisiva que ocurre al principio de la vida cristiana, misma que caracteriza a la identidad del pueblo de Dios llamado eficazmente por la gracia de Dios. Sería entonces, un desvío de los patrones del lenguaje y significados bíblicos, pensar en santificación, *exclusivamente*, en términos de una obra progresiva.

¿Qué es santificación? No existe pasaje en el Nuevo Testamento que sea más instructivo que Romanos 6:1-7:6. Aquí, la enseñanza va orientada contra la pregunta con la cual comienza Pablo: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”, —pregunta provocada por la [introducción] atribuida a la gracia en el contexto que la precede—. “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Ro. 5:20-21). Si la gracia de Dios y, por lo tanto su gloria, abundan en proporción al pecado, la inferencia pareciera ser “sigamos pecando para que la gracia de Dios aumente”. El Apóstol rechaza esta inferencia con los términos más negativos a su disposición, que en hebreo sería como decir: “¡Prohíbalo Dios!”. La perversidad de la inferencia se manifiesta, en su totalidad, al postular otra pregunta: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:2). Lo esencial de la refutación es “hemos muerto al pecado”. ¿Qué quiere decir Pablo?

Está usando el lenguaje de ese fenómeno con el que todos estamos familiarizados: el hecho de la muerte. Cuando muere una persona, deja de ser activa en el ámbito, la esfera o relación referente a la cual murió. Su relación con ese ámbito se ha disuelto; ya no tiene más comunicaciones con los que todavía viven en ese espacio, ni ellos con él. Ya no tiene ninguna relación con la vida aquí, ya no es la esfera de vida y actividad para él. Las Escrituras traen a nuestra atención la realidad de esta experiencia... “El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más” (Sal. 103:15-16).

Coincidiendo con esta analogía, el que vive *en* pecado o *para* pecar, vive y actúa en el ámbito del pecado, es la esfera de su vida y actividad. Y el que murió al pecado, ya no vive en esa esfera. Su atadura a ella ha sido rota y ha sido trasladado a otra esfera... Ésta es la división *decisiva* que el Apóstol tiene en mente. Es el fundamento sobre el cual se basa todo su concepto de la vida del creyente y es una división, una brecha, un traslado tan real y decididamente cierto en la esfera de la relación moral y religiosa como lo es la experiencia de la muerte física. Hay una ruptura definitiva e irreversible con el ámbito en el cual reina el pecado y para muerte.

La antítesis que instituye el Apóstol en este pasaje sirve para destacar la brecha decisiva que involucra este cambio. *Muerto en pecado* significa servir

al pecado como esclavos (Ro. 6:6, 16-17, 20); el pecado reina en nuestro cuerpo mortal (6:12); obedecemos las concupiscencias del pecado (6:12); presentamos nuestros miembros como instrumentos de iniquidad (6:13, 19); somos libres acerca de la justicia (6:20); el pecado tiene dominio sobre nosotros y estamos bajo la ley (6:14). *Muerto al pecado* significa que el viejo hombre ha sido crucificado y el cuerpo de pecado destruido; ya no servimos al pecado (6:6); vivimos justificados del pecado (6:7); estamos vivos para Dios y vivimos para Él (6:10-11); el pecado no reina más en nuestro cuerpo mortal y no tiene dominio sobre él (6:12, 14); nos presentamos a nosotros mismos a Dios y a nuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios, de modo que somos siervos de justicia para santidad (6:13, 19); estamos bajo el dominio de la gracia (6:14); obedecemos de corazón a la forma de doctrina cristiana (6:17); el fruto es la santificación y el fin, la vida eterna (6:22). Este contraste es prueba de lo decisivo del cambio. No hay posibilidad de atenuar la antítesis; aparece a lo largo de la línea de los diversos aspectos desde los que se deben ver la vida y el actuar. Existe una diferenciación absoluta en cuanto a todos los criterios por los cuales puede ser medida la vida espiritual y moral. Esto significa que hay una brecha decisiva y definitiva con el poder y servicio al pecado en el caso de todos los que alcanzan a estar bajo el control de las provisiones de la gracia... La persona nacida de Dios hace justicia, ama y conoce a Dios, ama a los nacidos de Dios y guarda los mandamientos de Dios (1 Jn. 2:3-6, 29; 4:7, 20-21; 5:2-3)...

Por el énfasis del Nuevo Testamento en cuanto al rompimiento definitivo con el pecado y la novedad de vida en el Espíritu que la unión con Cristo involucra, pareciera que no hay lugar para un proceso de mortificación y santificación por el cual el pecado muere gradualmente y la santificación es adquirida progresivamente. Romanos 6 es el pasaje que más enfatiza la liberación decisiva del poder y la corrupción del pecado. Pero en esa misma epístola, el Apóstol define para nosotros el conflicto que surge para el creyente, debido al pecado que mora en él. Y es significativo que se acusa a sí mismo diciendo: "...mas yo soy carnal, vendido al pecado" (7:14); "pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (7:23-24); "yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (7:25). Aun en Romanos 6, encontramos exhortaciones que implican la necesidad de una constante vigilancia contra las intromisiones del pecado.

Ningún escritor del Nuevo Testamento es más insistente en cuanto al carácter definitivo de la santificación del creyente que el apóstol Juan. Tan arrasadoras son sus afirmaciones que nos es sumamente difícil reconciliarlas con las enseñanzas en otros pasajes del Nuevo Testamento y las realidades evidentes de la experiencia cristiana. "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9). "Todo aquel que permanece en

él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Jn. 3:6). No obstante, Juan dice en la misma epístola: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Jn. 1:8). No considera al creyente perfectamente sin pecado porque presenta un consuelo para el creyente cuando peca: “...abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Jn. 2:1). Y para Juan hay un aspecto auto purificador en la vida del creyente: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3).

Cuando consideramos que el pecado todavía existe en el creyente y que aún no ha llegado a la meta designada para él, aceptamos que la condición del creyente en esta vida... es una de *progresión*, una progresión, tanto negativa como positiva, en su carácter. Abarca, tanto la mortificación como la santificación.

En cuanto a la mortificación, dos pasajes en el Nuevo Testamento son, particularmente, interesantes por los contextos en que aparecen. “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13). “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Col. 3:5). Estos dos pasajes son muy instructivos porque ocurren en contextos en los cuales la muerte al pecado y el traslado a la esfera de la vida nueva en Cristo son preponderantes. En Romanos 6, el énfasis es sobre la transición definitiva y el punto fundamental es que “hemos muerto al pecado”. Pero en Romanos 8:13, el Apóstol se dirige a los creyentes y dice claramente que tienen que poner de su parte en hacer morir las obras de la carne, una obligación más digna de notar porque ha dicho anteriormente que el cuerpo del pecado había sido destruido (Ro. 6:6). Esta actividad se puede llevar a cabo sólo por el poder y la gracia del Espíritu Santo, y es a la que se refiere Pablo cuando dice: “Por el Espíritu”. Pero es una actividad en que se deben ocupar los creyentes, comparable al acto violento de matar. El contexto de Colosenses 3:5, contiene la misma reflexión sobre la muerte, una vez para siempre, del pecado por la muerte de Cristo. “Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos?” (Col. 2:20). “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). La exhortación: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”, surge de las proposiciones categóricas que la preceden. Resulta claro, como en Romanos 8:13, que la participación del creyente es incluida en este proceso. Por lo tanto, la implicación es que, a pesar de la muerte definitiva del pecado a la que se refiere Colosenses 2:20 y 3:3, el creyente no está tan libre del pecado en su lascivia y corrupción y, por lo tanto, necesita ocuparse activamente de dar muerte a sus propios pecados... Este proceso tiene su mejor expresión, particularmente, en *conocimiento* y *amor*. La importancia dada al conocimiento y a la iluminación del entendimiento (Ver Ef. 1:17, 18; 4:13-15; 2 P. 3:18) de la verdad, refuerza la lección de que es en proporción a

este aumento que puede haber un aumento del fruto del Espíritu en amor, gozo y paz... Como nos recuerda Juan: “Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn. 4:16). Pero el amor no es una emoción estática: tiene que aumentar y abundar cada vez más (Ver Fil. 1:9; 1 Ts. 3:12; 4:10). Y el amor se alimenta de la comprensión creciente de la gloria de Aquel que es amor y en quien se manifiesta el amor de Dios.

Tomado de Santificación definitiva (*Definitive Sanctification*), 277-80 y Santificación progresiva (*Progressive Sanctification*), 294-99, en Las obras recopiladas de John Murray (*The Collected Works of John Murray*), Tomo 2, publicado por The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org, usado con permiso.

John Murray (1898-1975): Teólogo reformado; autor de numerosos libros y artículos; tuvo un papel decisivo en la fundación del Seminario Teológico de Westminster; nacido en Badbea, Condado de Sutherland, Escocia.



MORTIFICACIÓN Y VIVIFICACIÓN

A. W. Pink (1886-1952)

La SANTIFICACIÓN... comienza con la regeneración y continúa como consecuencia de ella. Considerada desde el punto de vista de la experiencia y la práctica, la santificación no es un *acto* divino, sino una obra de la gracia de Dios que, partiendo del momento mismo en que ocurre el nuevo nacimiento, sustenta y desarrolla, continúa y perfecciona. Considerada de esta manera, la santificación es un crecimiento bajo las influencias sustentadoras y fructíferas¹⁹ del Espíritu Santo: Un crecimiento desde la primera infancia hasta la niñez, desde la niñez hasta la juventud y desde la juventud hasta la madurez espiritual. Este crecimiento sigue un proceso doble: La *mortificación*²⁰ de la antigua naturaleza y la *vivificación*²¹ de la nueva.

A lo largo de ese proceso doble, hay un acuerdo entre el Espíritu y el creyente, y esto porque la santidad es, tanto un *privilegio* como un *deber*, un don divino y un logro humano... Desde un punto de vista, santificación es, ciertamente, la obra de Dios; pero desde otro, es la obra del hombre, ayudado por la gracia sobrenatural. Como un *privilegio*, es objeto de promesa y oración (Ez. 36:25-27; Jn. 17:17; 1 Ts. 5:23). Pero como un *deber*, la santificación es objeto de exhortación (Ez. 18:31; 2 Co. 7:1; 1 P. 1:15)...

La santificación es obra nuestra, no en el sentido que pudiéramos cambiar nuestros propios corazones y dejar de amar al pecado y amar a Dios; ni siquiera somos cambiados para llevar adelante ese cambio hasta perfeccionarlo o completarlo. No, es sólo en la medida en que de lo Alto somos capacitados para hacerlo porque nosotros mismos nada podemos hacer (Jn. 15:5). Nuestra responsabilidad es usar diligentemente los medios ya determinados por Dios y confiar que Él los hará efectivos. Es la obra de Dios en la que el Espíritu emplea motivos poderosos para impulsarnos a entrar en acción. Por ejemplo, nos impresiona con el hecho de que los ojos de Dios están siempre sobre nosotros y eso nos hace andar con cuidado delante de Él. O aplica a nuestro corazón las advertencias solemnes de las Escrituras para que tengamos miedo de jugar con el pecado o ceder a las seducciones de Satanás. O llena nuestro corazón de la realidad del amor de Cristo, demostrado al morir por nosotros, para que broten manantiales de gratitud y nos esforcemos por agradecerle y glorificarle. De maneras variadas, el Espíritu Santo motiva al creyente a resistir el pecado y cultivar la santidad.

¹⁹ **Fructificar** – Hacer que dé fruto, por lo tanto, producir buenas obras de acuerdo con la Escritura.

²⁰ Ver Portavoz de la Gracia N° 29: *Mortificación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

²¹ **Vivificación** – Volver a la vida; vivir para Dios.

Por consiguiente, el proceso de nuestra santificación es tanto *divino* como *humano*... Este proceso es [prolongado], por el cual el creyente va amando, gradualmente, menos al pecado y amando más la santidad. Ahora bien, como hemos dicho anteriormente, este crecimiento espiritual es un proceso doble de *mortificación* y *vivificación*. No obstante, los dos no son tan diferentes que uno puede suceder independientemente ni en un tiempo diferente del otro, porque el uno, obligadamente, acompaña al otro. No obstante, para explicar ese proceso de santificación empírico, tienen que ser considerados separadamente. Un poco de reflexión mostrará el orden en que deben ser considerados —tenemos que *morir* al pecado, antes de poder *vivir* para Dios—.

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas...” (Col. 3:5). Esto significa hacer morir esas lascivias carnales relacionadas con objetos carnales y así, evitar dar sus frutos impíos de “fornicación, impureza, pasiones desordenadas”, etc. Esta expresión: “lo terrenal en vosotros”, equivale al “cuerpo del pecado” (Ro. 6:6) que no significa nuestro cuerpo físico, aunque el pecado actúa a través de él. La expresión *mortificad* [*o haced morir*] no es usado en las Escrituras para indicar matar y destruir *absolutamente*, de modo que lo que fue mortificado ya no exista, sino que debe ser interpretado como haberlo hecho impotente e inútil, incapaz de producir obras impías...

La subyugación del pecado que mora en nosotros, a fin de que ya no tenga poder de producir las obras de la carne, es el deber incesante del creyente. La salud y el bienestar de su vida espiritual de ello depende: tiene que hacer morir el pecado cada día o el pecado lo matará a él. “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13). “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:27). Las graves alternativas presentadas en estos pasajes son demasiado claras como para ser mal interpretadas... Estos pasajes deben ser tomados en serio porque no existe conflicto entre ellos y ningún otro: los creyentes son preservados en las sendas de justicia y, en ninguna parte, ha prometido Dios proteger a ningún alma que juega con el pecado.

El proceso de mortificación es muy difícil, especialmente considerando la prevalencia de la corrupción y la multitud de tentaciones a las que estamos expuestos, la sutileza y la perseverante vigilancia de Satanás que anda por todas partes como león rugiente buscando a quien devorar... En sus ataques, el enemigo aprovecha la inestabilidad de nuestras resoluciones y la inconstancia de nuestros afectos, los esfuerzos incesantes de nuestras corrupciones para ganar ventaja sobre nosotros... Ahora bien, es esto lo que hace que sea tan *esencial* que hagamos buen uso de los métodos que Dios ha dispuesto para la mortificación del pecado, siendo el principal recurso, negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz. Y esto es algo que hay que hacer cada día (Lc. 9:23)... Es debido a lo extremadamente difícil de la obra

de mortificación, que Cristo pide a los que contemplan ser sus discípulos, se sienten y calculen el costo primero (Lc. 14:28). No obstante, tenemos que decidarnos a luchar contra el pecado o a estar eternamente perdidos...

La influencia del bendito Espíritu sobre el principio de la gracia en el creyente es absolutamente necesario para hacer morir el pecado. La carne no necesita influencias externas para entrar en acción; es capaz de manifestarse en todo momento sin ayuda externa. Pero no es así con la gracia que mora en nosotros, esta depende totalmente de Dios para fortalecerla y motivarla: “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5). El Espíritu mantiene consciente al creyente de lo pecaminoso del pecado, sin lo cual nunca podríamos oponernos seriamente a él. El Espíritu sugiere a la mente argumentos y motivos para mantenernos en guardia contra los embates de Satanás y nos motiva a luchar contra nuestras pasiones. Él es quien nos hace sensibles a las tentaciones, nos advierte contra ellas y, a menudo, nos da las fuerzas para resistirlas. Nos lleva a meditar en los sufrimientos de Cristo por nuestros pecados y nos mueve a luchar contra ellos. Esto nos lleva a hablar, más definitivamente, sobre los medios y métodos de mortificación.

Si el cristiano ha de hacer morir el pecado que mora en él, si ha de vencer las tentaciones con éxito, entonces, *primero*, tiene que hacer diariamente un verdadero esfuerzo por mantener en su mente un sentido constante de lo atroz que es el pecado, que es esa cosa abominable que Dios aborrece. El creyente nunca pondrá sus mejores esfuerzos en su contra mientras que no tome en serio el pecado. *Segundo*, debe esforzarse por mantener a su conciencia bajo la vista de Dios porque ésta es la gran prevención contra el pecado. Sin esto, todas las otras reglas y ayudas externas nada significan porque “con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal” (Pr. 16:6). *Tercero*, debe haber una vigilancia diligente contra las ocasiones para pecar, contra las cosas que excitan nuestras corrupciones y nos tientan a obrar mal. Los que realmente se preocupan por esto, busquen y reflexionen sobre los siguientes pasajes: Job 31:1; Salmo 18:23; Proverbios 4:14-15 y 5:8; 1 Tesalonicenses 5:22; Judas 23. Nuestra desobediencia es la culpable de gran parte de nuestro fracaso. *Cuarto*, asegúrate de no darle ventaja al pecado al hacer provisión para sus deseos. En este sentido, qué diligentes somos en lo que respecta al cuerpo: si tenemos alguna debilidad física, cuánto cuidado ponemos en ella; ¡qué vergüenza para nosotros el hecho de que somos menos diligentes con lo que respecta a nuestra alma! *Quinto*, forme el hábito de cortar de raíz el pecado en cuanto aparece. Esa es más de la mitad de la batalla: atender inmediatamente las convicciones que proceden del Espíritu. *Sexto*, entrena la mente para reflexionar seriamente en la enorme magnitud del pecado, lo terrible que es su culpa, lo horrible de su corrupción; piense en lo que le costó a Cristo hacer expiación por él. *Séptimo*, que haya un autoexamen frecuente a nuestras motivaciones y finalidades, y para

descubrir lo que más cautiva nuestro corazón. *Octavo*, una humillación profunda por los pecados del pasado genera aborrecimiento por el pecado y nos defiende en su contra (2 Co. 7:11). *Noveno*, haga su máximo esfuerzo para nutrir y desarrollar las gracias opuestas a los pecados que lo asedian. El orgullo se debilita por cultivar humildad, la inmundicia por la pureza de la mente y la conciencia, el amor al mundo por mantener nuestros pensamientos en las cosas de arriba. *Décimo*, esté dispuesto a ser reprendido por sus faltas (Sal. 141:5). *Undécimo*, medite con frecuencia en la vanidad de la criatura y lo transitorio de todo placer terrenal. Los placeres más dulces que este mundo puede ofrecer, no son más que flores que se marchitan y hierba que se seca. *Duodécimo*, clame intensamente a Dios que le preserve de la soberbia para practicar la integridad (Sal. 19:13). Aprópiase de promesas como Miqueas 7:19 y Romanos 6:14; suplique por la sangre de Cristo para victoria. *Decimotercero*, procure que las disciplinas y aflicciones de su alma sean santificadas (Is. 27:9; He. 12:11). *Por último*, ruegue al Espíritu que le enseñe a vestirse de “toda la armadura de Dios” (Ef. 6: 10-18). Hemos cubierto mucho terreno con estos catorce puntos, los cuales deben ser motivo de cuidadosa reflexión para que realmente sean de ayuda en esta obra...

Ya hemos destacado que las dos obras diferentes del cristiano en cuanto a la mortificación y la vivificación... tienen que ser explicadas separadamente. El orden en el cual debemos considerarlas es obvio: tenemos que *morir* al pecado (relativamente hablando), antes de poder *vivir* (en alguna medida) para Dios... La enfermedad tiene que ser curada antes de que se pueda disfrutar de salud; la lámpara tiene que ser limpiada antes de que su luz pueda brillar claramente; los harapos tienen que ser descartados antes de vestir ropa nueva. Este orden aparece consistentemente a lo largo de las Escrituras: “Dejad de hacer lo malo” precede a “aprended a hacer el bien” (Is. 1:16-17). “Aborreced el mal, y amad el bien”: lo segundo es imposible sin lo primero. El yo debe ser negado antes de que se pueda seguir a Cristo (Mt. 16:24). “Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios” (Ro. 6:13). “Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2. Co. 5:15): Tenemos que dejar de vivir para nosotros mismos, a fin de poder vivir para Cristo; sí, tenemos que hacer nuestras las palabras de Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”, antes de poder vivir por fe. Despojarnos del viejo hombre precede a vestirnos del nuevo (Ef. 4:22-24). Debemos conformarnos a la muerte de Cristo antes de que podamos obtener la resurrección (Fil. 3:10-11). Renunciar a la impiedad y las lascivias del mundo, viene antes de vivir sobria, justa y piadosamente (Tit. 2:12). Tenemos que despojarnos de todo peso antes de poder correr con éxito la carrera que tenemos delante (He. 12:1).

Teológicamente hablando, el término *vivificación* significa vivir para Dios. No basta que el creyente muera al pecado: tiene también que *andar en*

novedad de vida. Apartarse del mundo no vale nada, a menos que nos conduzca a acercarnos a Dios. La santidad práctica no consiste tanto de *abstinencia* de una vida sensual²², sino *principalmente en vivir para Dios*; deleitarse en Él, anhelarlo, ser cuidadosos en agradarle, negarnos a ofenderle. Dios ha impartido gracia a los regenerados, no para que simplemente lo sean, sino para que usen esa gracia para su gloria. “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gá. 5:25). La gracia que Dios ha dado a los suyos tiene que ser practicada por ellos en el curso de una dinámica obediencia a Él, de acuerdo con las instrucciones que Él ha dado en su Palabra.

Dios ha predestinado a su pueblo para ser conformado a la imagen de su Hijo; Cristo murió al pecado (Ro. 6:10), lo mismo tenemos que hacer nosotros. Cristo vive para Dios, lo mismo tenemos que hacer nosotros. En la mortificación hay un parecido a la muerte de Cristo y, en la vivificación (o vivir para Dios), hay una semejanza a su resurrección; lo último es un agregado inseparable del primero. Cristo no puede ser dividido; los que son partícipes con Él en el primer acto, son partícipes con Él en el segundo. Dios no dejará incompleta su obra en nosotros; si nos hace aborrecer y renunciar a la impiedad, nos hace también amar y procurar lo bueno. El Salmo 1, no sólo describe al hombre justo diciendo que no anda en consejo de malos, ni en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado, sino también como alguien que se deleita en la Ley del Señor y da fruto en su tiempo, meditando en ella de día y de noche. Dios apaga el pecado en nosotros para abrir el camino a una vida de rectitud y justicia.

Desde el punto de vista de la experiencia, la santificación es la manifestación práctica de ese principio santo recibido en el nuevo nacimiento. En el momento de la regeneración, una naturaleza nueva es otorgada al recién nacido, esto hace que vuelva el alma hacia Dios, de modo que se inclina el corazón hacia Él, en Él se deleita, a Él lo desea. Pero seamos más específicos y describamos algo de esta nueva disposición de la mente.

Primero, hay ahora una reverencia santa consagrada a Dios debido a su persona, sus perfecciones, sus obras. De los no santificados dice la Biblia: “No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Ro. 3:18). En cambio, donde un principio de gracia y santidad ha sido infundido, aparece, al instante, el temor del Señor porque es “el principio de la sabiduría” (Pr. 9:10). El hombre regenerado, ya no puede hacer las cosas que hizo antes y que otros siguen practicando: Nehemías, comparándose con los gobernadores que fueron una carga para el pueblo y que le antecedieron en el poder, dijo: “Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios” (Neh. 5:15). Es este sobrecogimiento ante Dios, esta reverencia santa, este temor filial, lo que constituye una de las raíces de la cual surge la obediencia espiritual, porque tal reverencia, causa

²² **Sensual** – Denotar la naturaleza y características no espirituales del alma, la vida natural que los seres humanos tienen en común con las bestias (Jud. 1:19).

necesariamente sumisión a la voluntad revelada de Dios. Cuando en el Sinaí Israel prometió: “Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho”, Él respondió: “Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Dt. 5:29). El temor de Dios, entonces, precede a guardar sus mandamientos. Es éste el principio de reverencia santa que el Señor ha prometido dar a su pueblo, según los términos del Nuevo Pacto: “Les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente” (Jer. 32:39). Ese “temor” es lo mismo que el “espíritu nuevo” de Ezequiel 11:19 y escribir su ley en sus corazones (He. 8:10). Esta misma gracia es llamada también temer “a Jehová y [no a sus “juicios” sino] a su bondad” (Os. 3:5).

Segundo, a esta admiración filial le sigue, naturalmente, un amor sincero y santo del cual brota una obediencia aceptable a Él. Ese amor consiste en acercar su corazón a Dios y deleitarse en Él. Es una disposición e inclinación del alma a disfrutar de contentamiento por estar en comunión con Él, de modo que ahora afirma: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25). El hombre no regenerado no tiene la capacidad de amar a Dios ni de deleitarse, en absoluto, de sus perfecciones, sus caminos ni de su adoración, porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7). El deseo de los no santificados es apartarse de Él y quitarlo de sus pensamientos. Dice Job del hipócrita: “¿Se deleitará en el Omnipotente? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?” (27:10) —no, por cierto que no—. Pero con la regeneración, el Señor circuncida el corazón del que se acerca a Él o lo renueva y santifica de modo que lo ama con toda su alma, y esto, sincera y alegremente.

Tercero, la vivificación se manifiesta en un sometimiento total a la voluntad de Dios en todas las cosas. No sólo a su *voluntad preceptiva*, sino también a su *voluntad decretiva*, incluso en las dispensaciones más adversas de su Providencia.

Son ejemplos, casos como los de Aarón, Elí, David y otros, quienes no se rebelaron ni murmuraron, sino que permanecieron quietos y en silencio, resignados a la voluntad divina bajo las adversidades más severas y las pruebas más dolorosas (Lv. 10:3; 1 S. 3:18; 2 S. 15:25-26). Mucho de la santificación radica en la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. Como dijo el santo Usher²³: “Santificación es, nada menos que, el hecho de que el hombre sea llevado a una rendición total de su voluntad a la voluntad de Dios, y vivir en una entrega continua de su alma en las flamas del amor como una ofrenda totalmente quemada”.

Cuarto, la vivificación se expresa por medio de ocuparse del Espíritu. “Ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Ro. 8:6) o sea que la concentración e

²³ James Usher o Ussher (1581-1656) – Teólogo; arzobispo de la Iglesia de Irlanda.

inclinación de una mente renovada es por cosas espirituales porque es así que vivimos para Dios y disfrutamos de paz con Él. Por naturaleza, nos ocupamos sólo de las cosas de la carne, pensamos en lo terrenal (Fil. 3:19) — nuestros corazones corruptos están puestos en ella, son atraídos por ella, se entusiasman por cualquier cosa que lleva a gozar de ella—. En cambio, los regenerados se ocupan de las cosas de arriba y, en la vivificación, sus afectos están fijados en ellas (Col. 3:3)... Sólo Dios puede satisfacer a los santificados.

Quinto, la vivificación se muestra en prácticas religiosas o actos de devoción a Dios, particularmente en las obras de la gracia en ellas. También aquí, existe una diferencia radical entre el no regenerado y el regenerado; el primero realiza sus prácticas religiosas cumplidamente, como un deber; el segundo (mientras tiene buena salud) se deleita en ellas. El ministerio de la Palabra es cumplido con afecto y la oración es elevada con fervor porque la oración es el aliento mismo del alma santificada hacia Dios. El creyente no difiere tanto del no creyente en lo que a la práctica externa se refiere como difiere en *las obras santas de su corazón*, como en su anhelo profundo de que estas lo lleven a la comunión con Dios. El alma santificada no puede estar satisfecha con usar los medios de gracia *si con estos no se encuentra con Dios*. El alma santificada busca la gloria de Dios en todo lo que hace.

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*), disponible en
CHAPEL LIBRARY, sólo en inglés.



EL MOTIVO DE LA SANTIFICACIÓN

Abraham Booth (1734-1806)

Cristo encuentra a su pueblo totalmente desprovisto de santidad y del deseo de tenerla, pero no lo deja en ese estado. Produce en él, un sincero amor a Dios y verdadero placer en andar en sus caminos...

La gran importancia de la santificación y el lugar que ocupa en la dispensación de la gracia es la siguiente: Es la [meta] de nuestra elección eternal; una promesa [sustancial] y una bendición particular del Pacto de la Gracia; un fruto precioso de la redención lograda por la sangre de Jesús; el propósito de Dios en la regeneración; la intención principal de la justificación; el alcance de la adopción absolutamente necesaria para la glorificación... Por lo tanto, la santificación podría definirse correctamente como una *parte* [esencial] de nuestra salvación y no como una *condición* para obtenerla. Porque ser librado de la esclavitud del pecado y de Satanás, bajo quien por naturaleza todos nos encontramos, y ser renovados a la imagen de Dios debe estimarse como una gran liberación y una inestimable bendición.

Ahora bien, la esencia misma de la santificación consiste en participar y disfrutar de esa bendición. De hecho, la palabra se usa para referirse a *esa palabra de gracia divina por la cual los que son llamados y justificados son renovados a la imagen de Dios*. El efecto de esta obra gloriosa es la verdadera santidad o conformidad a las perfecciones morales de la Deidad. Es decir, amar a Dios y deleitarse en Él es el bien principal... Amar al Ser Supremo es totalmente contrario a la inclinación de la naturaleza corrupta porque como la depravación natural consiste en nuestra *aversión a Dios*, que se manifiesta de una y mil maneras, así también la esencia de la verdadera santidad consiste en *amar a Dios*. Este afecto divino es el origen fructífero de toda obediencia a Él y todo el deleite en Él, tanto aquí como en el más allá. No sólo es el único origen de toda obediencia: es también la suma y perfección de la santidad *porque todo deber aceptable fluye naturalmente del amor a Dios*...

Las personas a quienes les es otorgada la bendición de la santificación son aquellas que son justificadas, que se encuentran en un estado de aceptación con Dios. Porque concerniente a ellas está escrito (y es el lenguaje de la gracia imperante): “Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré” (He. 10:16). La bendición aquí enunciada y el favor aquí prometido son que el *amor a Dios* y que *deleitarse en su ley y sus caminos*, son implantados en el corazón de todos los regenerados. [Estos los predisponen] a obedecer constantemente, toda la voluntad revelada de Dios hasta donde la conozcan. La santificación es una bendición del Nuevo Pacto y en la excelencia de su constitución, se promete como un privilegio de elección, no se requiere como una condición de derecho.

Esas almas felices que poseen la bendición invaluable y son libradas del dominio del pecado, no están *bajo la Ley*, ni buscan justificación por medio de ella ni están [expuestas] a su maldición. [Se encuentran] *bajo la gracia*, completamente justificadas por el favor de Dios, y viven bajo su poderosa influencia. Este texto implica claramente que todos los que están *bajo la Ley como un pacto* o [que] *aquellos que están buscando aceptación del Juez eterno a través de sus obras*, están bajo el dominio del pecado, sea cual fuere su comportamiento entre los hombres o sus pretensiones respecto de la santidad. Y como los que están bajo la Ley no tienen santidad, no pueden efectuar ninguna obediencia aceptable... la persona misma tiene que ser aceptada por Dios antes de que sus obras sean aceptables para Él.

A fin de considerar el tema con más claridad, puede ser de ayuda tener en cuenta que para determinar que una obra sea verdaderamente buena, tiene que ser realizada partiendo de un *principio correcto*, realizada siguiendo una *regla correcta* y con la intención de lograr un *fin correcto*. Tiene que ser realizada partiendo de un *principio correcto*, esto es el amor de Dios. El gran mandamiento de la Ley inmutable es: “Amarás al Señor tu Dios” (Dt. 6:5; Mt. 22:37). Cualquier otra obra realizada partiendo de otro principio, no importa cuántos aplausos reciba, no es aceptable a Aquel que escudriña el corazón porque por Él se pesan todos los principios, al igual que las acciones.

Tiene que ser realizada siguiendo una *regla correcta*, ésta es la voluntad revelada de Dios. Su voluntad es la regla de la justicia. En particular, la Ley Moral es la regla de nuestra obediencia. Es un sistema completo de deberes y es considerada moral, es inmutablemente, la norma de nuestra conducta...

Su intención debe ser lograr un *fin correcto*: La gloria del Ser Supremo. “Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31), es el mandato inaplazable del Altísimo. Como éste es el fin por el cual Jehová mismo actúa en todas sus obras, tanto de providencia como de gracia, es el fin más elevado al que podemos aspirar. No obstante, nadie puede obrar para alcanzar un fin tan sublime, a menos que Dios le haya instruido y esté completamente convencido de que la justificación es enteramente por gracia... Porque hasta entonces, no puede más que atribuir, principalmente al *yo*, sus supuestas buenas obras y su propia aceptación de Dios. Éste es el fin más elevado al cual alguien puede aspirar, aunque a menudo, se proponga otros fines más bajos. En cambio, las obras que realmente son buenas y a las que el Espíritu Santo le confiere frutos de justicia son, en la intención de la persona al igual que en su realización, para la gloria de Dios y su alabanza...

A fin de confirmar el argumento e ilustrar lo dicho, destacaría que el hombre es una criatura caída, enteramente desprovisto de la imagen santa de Dios y de su amor. Entonces, lejos de amar a su Hacedor y deleitarse en sus caminos, *es su enemigo*... Ni los mandamientos de la Ley Divina —aunque sean las más estrictas y puras posible— ni todas las represalias contra la

desobediencia a esos mandamientos, *pueden obrar en los corazones el menor grado de amor a Dios, el Dador de la Ley...*

Por lo tanto, el hombre caído *no puede* amar a Dios, sino a través del Mediador. Tiene que contemplar la gloria de su Hacedor en el rostro de Jesucristo, antes de poder amarle o desear, aunque sea en mínima proporción, proclamar su gloria. Ahora bien, dado que no existe revelación de la gloria de Dios en Cristo más que por el evangelio; y tal como no podemos contemplarla sino por fe, nadie puede amar realmente a Dios o querer sinceramente glorificarle, mientras desconoce la verdad. Pero así como la exposición más clara de las perfecciones divinas es en Jesucristo y como el evangelio lo revela en su gloria y hermosura, así también, por medio de la influencia sagrada del Espíritu Santo, los pecadores contemplan la hermosura infinita y la gloria trascendente de Dios en la Persona y obra de Emanuel.

El evangelio [es] una declaración del perdón perfecto que viene de Dios y de esa salvación maravillosa que es por Cristo, siendo [ambos] plenos, gratuitos y eternos. Quienquiera que cree el evangelio, hasta cierto grado, goza de paz en su conciencia y del amor de Dios, dependiendo de la proporción en que el creyente ve la gloria divina revelada en Jesús y su experiencia del amor divino en el corazón. En esa misma proporción, serán sus respuestas de afecto y gratitud a Dios como un Ser de amor infinito, con una generosidad inconcebible hacia la criatura necesitada, culpable e indigna. Sus palabras serán: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?... Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre” (Sal. 116:12; 103:1). Habiendo nacido de lo alto, su hombre interior se deleita en la Ley de Dios (Ro. 7:22) y anhela habitualmente conformarse más y más a ella, dado que es una imitación de la pureza divina, así como una revelación de la voluntad divina. Cuenta ahora con ese principio *generoso* que lleva a la acción: *amor a Dios*. La obediencia que pone por obra y que Dios acepta es la obediencia similar a la de un hijo o de un cónyuge, *no* el acto servil de un mercenario que sólo busca ganarse el derecho a la vida como recompensa por su trabajo, y menos, de un esclavo motivado por temor a su amo. [Es la obediencia] del que considera que los mandatos divinos proceden de un progenitor o de un esposo. Habiendo muerto a la Ley, vive para Dios (Gá. 2:19).

Dije: “Habiendo muerto a la Ley”. Éste es el caso de los que son pobres en espíritu y han recibido la expiación por la sangre de Cristo, los que consideran que su obra, y ninguna más, es totalmente suficiente para lograr su aceptación con Dios y para satisfacer a una conciencia vivificada en lo que respecta a ese importante asunto. Bien afirma el Apóstol: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo... Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos” (Ro. 7:4, 6). Con estas palabras extraordinarias, el creyente es descrito como muerto a la Ley y la Ley muerta para él. Lo que

esto significa es que la Ley ya no ejerce poder sobre el creyente para exigir obediencia como la condición para tener vida ni para proferir amenazas contra alguien que es desobediente, así como un esposo muerto no puede exigirle obediencia a una esposa viva, ni por desobediencia amenazarla con castigos... Pero aunque la Ley, *como pacto*, no puede demandar nada de los que están en Cristo Jesús, sigue vigente como norma de conducta porque, en la mano de Cristo, es de gran provecho para los creyentes y para los santos más desarrollados. Ni es posible, en este caso, que debiera quitársele su autoridad o quedar en desuso porque el criterio de esa obediencia es que la naturaleza de Dios y del hombre y su mutua relación, hacen necesaria esa norma. Imaginar que la Ley ya no se aplica, en este sentido, es suponer que ya no existe la relación que hubo alguna vez —y *no puede menos que subsistir*— entre el gran Soberano y sus criaturas dependientes que son los súbditos de su gobierno moral. Para el verdadero cristiano, tampoco son pesados sus mandatos ni su yugo es una carga. ¡Los aprueba! ¡Se *deleita* en ellos su hombre interior (Ro. 7:22)! Porque, como amigo y guía, muestra la manera cómo debe manifestar su gratitud a Dios por todos sus favores. Y la nueva disposición que recibió de Aquel que cumple su Ley en la regeneración, le impulsa a adjudicarle su sincero y perenne valor. Su obediencia actual es en la novedad espiritual y no la ley antigua (Ro. 7:6).

Si acaso algún descendiente auténtico de los antiguos fariseos objeta que, por querer alcanzar santidad, la Ley queda abrogada, tenemos pronta respuesta: “En ninguna manera, sino que confirmamos la ley” (Ro. 3:31), tanto por la doctrina como por el principio que rige a la fe. *Por la doctrina de la fe* porque enseñamos que no hay salvación para ningún hijo de los hombres sin el cumplimiento perfecto de todos sus justos requisitos. Esto, aunque imposible para la criatura caída y débil, fue cumplido puntualmente por el Mesías, nuestro Garante. [Esta justicia] acreditada a la cuenta del pecador creyente lo justifica *completamente*. Por lo tanto, la Ley, lejos de ser anulada es honrada, es *magnificada* ¡y esto, en grado supremo! La obediencia cumplida por el divino Redentor, de acuerdo con lo que exige la Ley, y los sufrimientos de un Dios encarnado sobre la cruz, en conformidad con su sanción penal, honra la ley más que toda la obediencia de una raza de criaturas totalmente inocentes, pudiera jamás demostrar [o] que todo el sufrimiento de los muchos millones de los condenados pudieran sufrir eternamente. *Por el principio que rige la fe* porque, igual como purifica el corazón de una conciencia impía por medio de la aplicación de la sangre expiatoria, obra también por amor; amor a Dios, a su pueblo y a su causa, en cierto sentido conforme a la Ley como la regla de justicia... Por lo tanto, si alguien pretende creer en Cristo, amar su nombre y disfrutar de comunión con Él, pero no acostumbra a tener en cuenta sus mandamientos, es “mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Jn. 2:4). Porque nuestro Señor... nos advierte también que la razón por la cual alguien no guarda sus mandamientos es *porque no lo ama*, aunque profese lo contrario. No es amor lo que no induce a la obediencia,

tampoco es digno del nombre de obediencia, la cual nace del amor. Pretender amar sin obedecer es flagrante hipocresía y obedecer sin amar no es más que esclavitud... El evangelio sólo puede darnos los principios y motivos para la obediencia que nos cause disfrutarla. Cuando conocemos la verdad que es Jesús entonces, y sólo entonces, los caminos de sabiduría serán siempre los caminos de contentamiento. Entonces la fe obrará por amor a Dios y a nuestro prójimo.

Tomado de El reinado de la Gracia, desde su comienzo hasta su consumación (*The Reign of Grace, from Its Rise to Its Consummation*) reimpreso por The Baptist Standard Bearer, www.standardbeared.org

Abraham Booth (1734-1806): Predicador bautista inglés; considerado uno de los hombres más eruditos de su época; nacido en Blackwell, Derbyshire, Inglaterra.



JUSTIFICACIÓN Y SANTIFICACIÓN

A. W. Pink (1886-1952)

Hay dos efectos principales e inseparables del pecado: La corrupción inmunda que causa [y] la culpa terrible que implica. Por esto, la salvación del pecado requiere, tanto de una limpieza como de un estilo de vida congruente de parte del que ha de ser salvo. Repito que hay dos cosas absolutamente indispensables para que cualquier criatura more con Dios en el cielo: Un derecho válido a gozar de esa herencia [y] la aptitud para disfrutar de tal bendición. El derecho es concedido en la *justificación* y la aptitud comienza con la *santificación*. Los siguientes versículos recalcan lo inseparables que son... “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30). “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados” (1 Co. 6:11). “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9).

“Estas bendiciones van mano a mano; nunca lo fueron, nunca lo serán, nunca pueden ser separadas tal como el aroma delicioso de la rosa o del clavel no puede separarse de estos; se abre la flor y su fragancia se extiende. Traten, si pueden, separar la roca de la fuerza de gravedad de la tierra o el fuego del calor. Si estos cuerpos y sus propiedades esenciales, si estas causas y sus efectos están indisolublemente conectados, también lo están nuestra justificación y nuestra santificación”²⁴.

“Porque como fue uno solo, Adán, quien quebrantó personalmente el primer pacto²⁵ con su ofensa que lo arruinó todo, aquellos a quienes es imputada su culpa se tornan inherentemente pecadores por la corrupción de la naturaleza transmitida a ellos por él, así también... fue uno solo, Cristo, quien cumplió la condición del segundo pacto²⁶. Y aquellos a quienes se les imputa su justicia, se convierten sustancialmente en justos, a través de la gracia inherente que de Él les es comunicada por el Espíritu. Así lo enseña el Apóstol en Ro. 5:17: ‘Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia’. ¿De qué manera reinó la muerte por la ofensa de Adán? No sólo por el hecho de su culpa fue su

²⁴ James Hervey (1714-1758), Theron y Aspasio: Una serie de diálogos y cartas sobre los temas más importantes e interesantes (*Theron and Aspasio: A Series of Dialogues and Letters upon the Most Important and Interesting Subjects*), Tomo 2 (London: Rivington, 1789), 67.

²⁵ **Primer pacto o Pacto de Obras** – El acuerdo o administración que Dios estableció con Adán en el Jardín de Edén, antes de su caída en el pecado. Establecía la obligación del hombre de obedecer a Dios, so pena de muerte por desobediencia (Gn. 2:16-17).

²⁶ **Segundo pacto o Pacto de Gracia**.

posteridad destinada a la destrucción, sino también por el hecho de estar muerto para todo bien, muerto en delitos y pecados. Por lo tanto, los que reciben el don de justicia tienen que ser llevados a reinar en vida, no sólo por el derecho que tienen debido a la justificación, sino también moralmente, en virtud de la santificación”²⁷.

Aunque absolutamente inseparables, estas dos grandes bendiciones de la gracia divina son bastante distintas. En la santificación, de hecho algo nos es impartido; en la justificación, sólo nos es imputada. La justificación se basa totalmente en la obra de Cristo realizada *para* nosotros, la santificación es principalmente una obra realizada *en* nosotros. La justificación tiene que ver con su objeto en un sentido legal y termina en un cambio relativo —la liberación del castigo, que confiere derecho a la recompensa—; la santificación se trata de su objeto en un sentido moral y termina en un cambio que se experimenta en su carácter y su conducta —impartiendo un amor por Dios, una capacidad de adorarle aceptablemente y en la [aptitud] para entrar en el cielo—. La justificación es por una justicia [*fuera de*] nosotros; la santificación es la obra del Espíritu llevada a cabo *en* nosotros. La justificación es realizada por Cristo como Sacerdote y tiene que ver con sufrir en sí mismo la pena del pecado; la santificación es realizada por Cristo como Rey y tiene que ver con el dominio del pecado. La primera cancela su poder de condenar; la segunda libra del reinado de su poder.

Difieren entonces, en su *orden* (no de tiempo, sino en su naturaleza), la justificación es primero [y] la santificación le sigue; el pecador es perdonado y restaurado al favor de Dios antes de que le sea dado el Espíritu para renovarlo a su imagen. Difieren en su *diseño*, la justificación elimina la obligación de que haya condenación; la santificación limpia de contaminación. Difieren en su *forma*, la justificación es un acto judicial por el cual el pecador es pronunciado justo; la santidad es una obra moral por la que el pecador es hecho santo; lo primero tiene que ver exclusivamente con nuestra *posición ante* Dios, lo segundo concierne principalmente a nuestro *estado*. Difieren en su *causa*, lo primero, surge de los méritos de la satisfacción llevada a cabo por Cristo; lo segundo, procede de la eficacia de ellos. Difieren en su *finalidad*, lo primero, otorga un título para heredar la gloria eterna; lo segundo, es el camino que nos lleva a ella. “Y habrá allí... camino, y será llamado Camino de Santidad” (Is. 35:8).

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*), disponible en
CHAPEL LIBRARY.



²⁷ Thomas Boston, Un vistazo al Pacto de Gracia de los Registros Sagrados (*A View of the Covenant of Grace from the Sacred Records*) en Las obras completas del que fuera el Rev. Thomas Boston (*The Complete Works of the Late Thomas Boston*), Tomo 8 (London: William Tegg, 1853), 454.

SANTIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS

Horatius Bonar (1808-1889)

El abecé²⁸ de la verdad del evangelio es que “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Co. 15:3). Por medio de la muerte de Cristo somos salvos, obteniendo paz con Dios y “entrada... a esta gracia en la cual estamos firmes” (Ro. 5:2). Además, los que esto creen son partícipes de Cristo (He. 3:14), partícipes de la naturaleza divina (2 P. 1:4), partícipes del llamamiento celestial (He. 3:1), partícipes del Espíritu Santo (He. 6:4) y partícipes de su santidad (He. 12:10). En la persona de su Garante, el creyente ha resucitado al igual que ha muerto; ha ascendido al trono, está sentado con Cristo en lugares celestiales (Ef. 2:6), su vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Considera como si hubiera sucedido *ahora* aquello que habrá de ser en el día de la venida del Señor y así es como lo trata Dios. La fe, en un sentido, lo lleva a mirar adelante a la gloria; en sentido opuesto, lo lleva a mirar atrás a esta tierra agotada como si ya hubiera terminado su peregrinaje. “Os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial” (He. 12:22).

Es seguro entonces, que el cristiano es llamado a ser consecuente y decidido, al igual que feliz, no conformado a este mundo (Ro. 12:2), sino al mundo venidero que ya mora en él por fe. ¿Qué clase de persona debe ser él en toda santa conducta y piedad? (2 P. 3:11)... Indiscutiblemente, el que es “resucitado con Cristo” debe ser *como* el Resucitado. Se espera que sea manso y humilde, dócil y cariñoso, amable y solícito, generoso, que no se enoje fácilmente por provocaciones ni se ofenda fácilmente, transparente y honesto; por otro lado, no es egoísta, ni intolerante, ni codicioso, no es vanidoso, ni mundano ni renuente a ser enseñado... El cristiano auténtico es sano, no es débil, frágil ni sentimental; pero, por otro lado, no es duro, mezquino, antipático ni desagradable... No queremos sólo una teología excelsa y erudita, *queremos que esa teología sea llevada a la práctica en la vida*, hecha carne noblemente en el quehacer diario... Cuanto más elevada sea la teología, más distinguida y noble debe ser la vida que resulta de ella. Debe conferir firmeza y sencillez al carácter y la conducta del cristiano; dignidad genuina, sin orgullo, dureza ni frialdad; verdadera fuerza de voluntad, sin terquedad, caprichos ni inconstancias. Cuanto más elevada es la doctrina, más debiera conectarnos con la *mente* de Dios, la cual es “la verdad” y con la *voluntad* de Dios, la cual es “la Ley”... Valoramos las elevadas enseñanzas de la epístolas, pero no por eso damos menos valor a “la ley y los profetas” (Mt. 7:12; 22:40; Lc. 24:44). Escuchamos la *doctrina* apostólica y aprendemos a decir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive

²⁸ **Abecé** – Conjunto de rudimentos o principios de una disciplina o ciencia.

Cristo en mí” (Gá. 2:20); pero no por eso, rechazamos los *preceptos* apostólicos como si fueran inferiores: “Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo” (Ef. 4:25). “El que hurtaba, no hurte más”. “(Ef. 4:28). “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia” (Ef. 4:31). “Inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros... ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías” (Ef. 5:4). “Dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca” (Col. 3:8). “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos” (Col 3:9)... Estos son los mandamientos del Espíritu Santo, y son la Ley, tan cierto como lo que fue proclamado en Horeb entre el fuego y las tinieblas.

La verdadera cuestión con nosotros no es si obedeceremos ésta o aquella ley, sino cualquier ley en absoluto. Si la obediencia a la Ley apostólica no es legalismo, tampoco lo es la obediencia a la Ley Moral... La vida [auténtica] entonces, no es una vida *contra* la ley, ni una vida *sin* ley, ni una vida *por sobre* la ley, es una vida en la cual la Ley encuentra su desarrollo más pleno y perfecto. Así fue en el caso de Jesús y así debe ser en nosotros hasta que nos parezcamos más a Él en espíritu y en nuestro diario andar. Es una vida completamente responsable, recta, honorable... [responsable] en las cosas pequeñas como en las grandes, en los negocios, en tener orden en nuestro hogar, en administrar bien nuestro tiempo y nuestro dinero, en cumplir los compromisos, en cumplir las promesas, los deberes, en ser testigos de Cristo, en no conformarnos al mundo.

El hombre que sabe que ha resucitado con Cristo y ha puesto su mira en las cosas de arriba, será un hombre justo, digno de confianza, sincero, generoso y veraz. Agregaré a su fe, “virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 P. 1:5-7). No querrá ser “ocioso ni sin fruto” (2 P. 1:8). “Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre” (Fil. 4:8) —en estas cosas pensará y estas *hará*—.

Porque existe el peligro de caer en un cristianismo afeminado y pusilánime, en busca de una teología elevada y etérea²⁹. El cristianismo nació para *la tenacidad*; no es una planta exótica, en cambio, sí es fuerte, reforzado por los embates del viento, no lánguido, ni infantil ni cobarde. El cristiano camina con paso firme y cuerpo erguido. Es amable, pero firme; es gentil, pero honesto; es tranquilo, pero no superficial; servicial, pero no tonto; decidido pero no grosero. No teme argumentar con palabras firmes de condenación contra el error ni levantar su voz contra el mal circundante con el pretexto de que él no es de este mundo. No rehúye reprender honestamente a alguien por temor de que lo juzguen de mostrar un espíritu no cristiano. Al

²⁹ **etérea** –Vaga, sutil, vaporosa. El autor parece referirse a algo sin substancia, que no se puede materializar.

pecado lo llama “pecado”, en quien quiera que se encuentre, y prefiere correr el riesgo de ser acusado de actuar con un mal espíritu, que no cumplir con un deber explícito... Tanto la religión del Antiguo Testamento como la del Nuevo, se caracterizan por sus testimonios fervientes y francos contra la maldad. Decir cosas suaves en tal caso, puede ser sentimentalismo, pero no es cristianismo. Es una traición a la causa de la verdad y la justicia. Si alguien hay que debiera ser franco, varonil, honesto, animoso (no digo brusco ni grosero porque el cristiano tiene que ser cortés y respetuoso), es aquel que sabe, por experiencia, que el Señor es clemente, anticipando la venida del Día del Señor. Sabe que el amor cubre multitud de pecados, pero no llama bueno a lo malo porque un hombre bueno lo haya cometido. No justifica las inconsistencias porque el hermano inconsistente tenga buena reputación y un espíritu ferviente. Lo torcido y lo mundano sigue siendo torcido y mundano, aunque lo practique alguien que parezca haber alcanzado la cumbre de la espiritualidad.

Muchos de nosotros no hemos madurado en la vida cristiana. “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?” (Gá. 5:7). Ha sido una obra que se inició bien, pero dejada sin terminar; una batalla emprendida con valentía, pero librada a medias; un libro en que se escribió el prefacio y nada más. ¿Acaso no deshonra esto a Cristo? ¿No representa esto mal a su evangelio, se niega su cruz, se menosprecian sus palabras y se anula su ejemplo?... Si una vida santa consiste de una o dos obras nobles —en algunos ejemplos de personas que han perseverado o sufrido— podríamos contar esa experiencia como un fracaso y considerarla como una deshonra hasta el punto de darnos por vencidos. Pero la vida santa está compuesta de una multitud de cosas *pequeñas*... palabras pequeñas, no discursos o sermones elocuentes; pequeñas acciones, no milagros, ni batallas ni grandes actos de heroísmo de poderoso martirio; en todo ello es lo que consiste la verdadera vida cristiana... Evitar las maldades pequeñas, los pecados pequeños, las inconsistencias pequeñas, las pequeñas debilidades, las pequeñas tonterías, las pequeñas indiscreciones e imprudencias, las pequeñas manías, las pequeñas indulgencias al yo y a la carne, los pequeños actos de indolencia o indecisión o indiferencia o cobardía, las pequeñas equivocaciones o aberraciones de una integridad absoluta, las pequeñas demostraciones de avaricia o mezquindad, las pequeñas señales de avaricia y codicia, pequeñas señales de mundanalidad y frivolidad, pequeñas indiferencias hacia los sentimientos o deseos de otros, pequeños estallidos de mal humor, enojo, egoísmo, vanidad —evitar cosas pequeñas como estas, nos ayuda a mantener la belleza de una vida santa—.

Por otro lado, la atención a los pequeños deberes del día y de la hora, ya sea en transacciones públicas o relaciones particulares o asuntos de familia; a las pequeñas palabras, las miradas y los tonos de voz; las pequeñas demostraciones de bondad, paciencia o ternura; las pequeñas evidencias de abnegación, de autolimitaciones y del olvido de sí mismo, de pequeños

planes de aquietada bondad y de atenta consideración hacia otros; la puntualidad, método y los objetivos reales al organizar cada día —estas son muestras de progreso de una vida santa, el conjunto de pequeños actos de los cuales se compone—. Es de cosas pequeñas que se forma una vida grande y todo el que reconozca que ninguna vida es grande, excepto la compuesta por cosas grandes, encontrará poco en los personajes de la Biblia para admirar y emular.

Todo aquel que “aprendió de Cristo”, que “camina con Dios”, no será alguien artificial que únicamente está representando un papel o un personaje. Será auténtico en sus modales, palabras, miradas, tonos y hábitos. Será el más auténtico de todas las criaturas, un niño. El cristianismo se torna *repulsivo* en el instante en que se sospecha que es falso... Las cartas de Cristo “conocidas y leídas por todos los hombres” (2 Co. 3:2) tienen que ser transparentes y naturales. Al vivir para Cristo, tenemos que seguirle íntegramente, no copiar a una copia, sino copiarle a Él. De otra manera, el nuestro será un testimonio imperfecto, un reflejo de una religión débil, carente de paz, sencillez y gracia, llevando las marcas de una imitación y artificialidad, sino de una falsificación.

Tomado de El camino de Dios hacia la santidad (*God's Way of Holiness*), disponible en CHAPEL LIBRARY, solamente en inglés.



¡ENTONCES BRILLEMOS!

Horatius Bonar (1808-1889)

Aquellos que con tanta frecuencia entre los hombres se denominan *santidad*, dista mucho de parecerse a la realidad bíblica. Ya sea que se use para referirse a la rigidez de una ortodoxia sin vida o a la búsqueda ilusoria de la perfección o a la zalamería de un supuesto idealismo³⁰ o a la regularidad de una devoción mecánica o a la superstición religiosa de reverenciar imágenes o a las austeridades y mortificaciones³¹ farisaicas o al sentimentalismo de una teología liberalizada o a los sueños confortables de un panteísmo³² sincero, las palabras *santo*, *santidad* y *espiritualidad* han llegado a ser erróneamente interpretadas o aplicadas a códigos secretos, con un significado tan ambiguo y profano como hubiera sido el efod de Aarón³³ sobre los hombros de un sacerdote de Baal. Este uso de fórmulas y terminología bíblica *después* de que han excluido su verdadero significado, es uno de los engaños sacrilegos de la época que resultan sumamente ofensivos al estudiante sincero de la Palabra...

[Cristo] es la representación, la ilustración, el modelo; parecerse a Él es santidad. El que es santo se conforma a su imagen. Cualquier otro ideal es vanidad. Tenemos que aprender de los cuatro Evangelios lo que es una santidad viva; para ver una exposición doctrinal sobre ella, tenemos que ir a las epístolas. De allí, aprendemos lo que es y no lo que es. “Permaneced en mí” (Jn. 15:4), “aprended de mí” (Mt. 11:29), “Sígueme” (Mt. 4:19; 16:24; Jn 12:26), son expresiones que instauran el contenido y el resumen del libro de estatutos cristianos que constituye el verdadero directorio y guía de la búsqueda de santidad. En los Evangelios encontramos:

1. **La vida.** “Permaneced en mí”. Del Príncipe de la vida, recibimos la vida nueva, también de su muerte y sepultura, porque “fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Ro. 6:5). Hemos “muerto, y [nuestra] vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). Por lo tanto, para que “vivamos para la justicia” (1 P. 2:24) —vivimos, pero ya no nosotros, mas *Cristo* vive en nosotros— (Gá. 2:20). Acudimos a Él *para* obtener vida o, más bien, primero viene Él a nosotros *con* vida. Nosotros lo asimamos a Él o, más bien, somos “asido[s] por Cristo Jesús” (Fil. 3:12) y *permanecer en Él* es una continuación del acto inicial de “haber venido”. Luego corresponde crecer, haciendo

³⁰ **Zalamería... idealismo** – Las ocurrencias, absurdamente irreales, en busca de la perfección.

³¹ **Austeridades y mortificaciones** – Prácticas de severos autocastigos y flagelaciones para aplacar las pasiones propias.

³² **Panteísmo** – La creencia de que Dios es todo y que todo es Dios.

³³ **Efod de Aarón** – Vestimenta sacerdotal de Aarón hecha de oro, púrpura, escarlata y lino fino.

durante toda nuestra vida lo que hicimos en un principio. *Por eso vivimos...* Porque Él vive, nosotros vivimos y viviremos para siempre. Su vida es nuestra y nuestro cristianismo tiene que ser (como su fuente) una cosa de vitalidad, poder y gozo —nuestra vida la más amable, sincera y útil de todas las vidas, emanan desde dentro de nosotros, “ríos de agua viva” (Jn. 7:38)—.

2. La erudición. “Aprended de mí”. La suya es la escuela del cielo, la escuela de luz. Aquí está toda la verdad sin ningún error. El Tutor es tan perfecto así como “manso y humilde” (Mt. 11:29). Es el Maestro y, a la vez, la lección. Su capacitación, disciplina y sabiduría son perfectas. No hay ninguna falla, ningún fracaso, nada incompleto en la educación que Él imparte. Enseña a conocer, amar, actuar, perseverar, regocijarse; también a estar triste, a tener abundancia y a padecer necesidad (Fil. 4:12). El alcance de erudición de sus discípulos se puede medir sólo por sus riquezas divinas, sus “tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). La finalidad de su instrucción y disciplina es hacer hombres santos, conformados a su imagen e imitadores de su perfección celestial.

3. La senda. “Sígueme”. No es sólo una vida a la cual somos llamados a un caminar —un “transitar de aquí para allá” como implica el griego—. No es sentarse solos, ni disfrutar privadamente de la religión, sino caminar —un caminar en que somos visibles por todos los costados, un caminar que atrae la mirada de muchos, un caminar en que llegamos “a ser espectáculo” al cielo, la tierra y al infierno (1 Co. 4:9)—. No es un descanso inmóvil, ni aislarnos de nuestros prójimos, sino andar en medio de ellos, estar en contacto con amigos y enemigos, un ir de acá para allá por los caminos y vallados del mundo. Así como fue el Maestro, debe ser el siervo. Camino a la cruz, miró a su alrededor y dijo: “Si alguno me sirve, sígame” (Jn. 12:26). Camino al trono, después de haber pasado por la cruz, dijo lo mismo (Jn. 21:22). Hemos de seguirle a la cruz y perseguir la corona. Es un camino hacia las dos.

Aquel que anhela ser santo, tiene que ser como Cristo, y el que quiere ser como Cristo, tiene que ser “lleno del Espíritu” (Ef. 5:18). El que quiere tener la mente de Cristo, debe tener la misma “unción” que Él tuvo —el mismo Espíritu que habita y obra en Él, el Espíritu de “adopción”, de vida, fe, verdad, libertad, fortaleza y gozo santo—. Es a través del poderoso Dador de Vida que nos revive. Es a través de la “santificación por el Espíritu” que somos santificados (2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2). Él realiza su obra en calidad de Huésped; no obra sin que el Espíritu esté morando en el alma, ni mora el Espíritu en el alma sin que obre (2 Ti. 1:14), no ejerce una mera influencia como la de la música en el alma que sufre, a menos que entre y more en ella primero. De manera que, siendo llenos de su compañía al igual que impregnados por su poder, somos totalmente “transformados”. No se nos presenta con argumentos ni con “persuaciones morales”, sino que nos conmueve con el toque irresistible de su mano divina y penetra en nosotros con su propia energía vital. No, nos *impregna* con su propia pureza y vida, a

pesar de nuestra desesperada resistencia, tozudez e incredulidad, todos los días de nuestra vida.

El que quiere ser como Cristo *tiene que estudiarlo*. No nos podemos hacer santos a nosotros mismos por medio de *esforzarnos* por serlo, así como no podemos forzarnos a creer y amar con la simple energía del esfuerzo. No hay fuerza que pueda efectuarlo. Los hombres *procuran* ser santos y fracasan. No pueden tener santidad por su simple fuerza de voluntad. Deben concentrarse en el objeto sagrado para poder ser cambiados a su imagen “de gloria en gloria” (2 Co. 3:18). Deben contar con un Ser santo como su mejor amigo. La comunión íntima con Jesús como la que tenía Juan, es lo único que hará que nos asemejemos al discípulo o al Maestro.

El que quiere ser santo tiene que *empaparse de la Palabra*, tiene que disfrutar del sol que irradia cada página de la revelación. Es por medio de la verdad que somos santificados (Jn. 17:17). Exponiendo constantemente nuestras almas a esta luz, llegamos a ser más a fondo, “hijos de Luz”... Es “la espada del Espíritu” bien afilada con la que nos abrimos paso entre las miles de hostilidades. Es la vara de Moisés por la que dividimos el Mar Rojo, vencemos a Amalec y hacemos brotar agua de la roca... ¿Qué impiedad, qué enemigo, dentro o fuera, hay que pueda vencer esta Palabra gloriosa e invencible? El objetivo de Satanás, en la actualidad, es socavar esa Palabra y desacreditar su perfección. Entonces, magnifiquémosla y usémosla constantemente. Es, por cierto, sólo un fragmento del lenguaje humano, compuesto de letras y sílabas humanas, pero está dotada de una virtud sobrehumana. La vara en la mano de Moisés, ¿qué era? Una pieza de madera común. No obstante, partió el Mar Rojo por la mitad. Esa serpiente en el poste, ¿qué era? Un poco de bronce. Sin embargo, curó a miles. ¿Por qué? Porque esa madera y ese bronce estaban conectados con la Omnipotencia y eran conductores de la electricidad celestial. Entonces, dejemos que la Biblia sea para nosotros el libro de todos los libros para herir, curar, avivar, fortalecer, confortar y purificar.

No obstante todo lo dicho, el que quiere ser santo tiene que luchar. Debe pelear bien en las batallas del Señor (1 Ti. 1:18); pelear la buena batalla (1 Ti. 6:12), pero no con armas carnales (2 Co.10:4). Debe pelear de rodillas, siendo sobrio y velando en oración (1 P. 4:7). Tiene que lidiar con principados y poderes, ser fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza, habiendo tomado toda la armadura de Dios: Ceñidos los lomos con la verdad, vestido con la coraza de justicia, el escudo, el yelmo y la espada (Ef. 6:13-17). Esta batalla no es de los fuertes (Ec. 9:11), sino para los débiles; se pelea en debilidad y la victoria es de los que carecen de fuerza. Porque este conflicto no es algo que le sucede a todos; sino a los que confiamos en la victoria desde el principio, sabiendo que somos vencedores por medio de Aquel que nos amó y alentó con la recompensa séptuple: “Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios” (Ap. 2:7ss). Aunque enfrentamos la hostilidad de los demonios en nuestro diario caminar

y enfrentamos lucha terrenal, contamos con la ayuda de los ángeles, que no son más que espíritus al servicio de Dios, y son enviados para ayudar a los que recibirán la salvación (He. 1:14), al igual que con el poder del Espíritu Santo (Ef. 1:13).

El que quiere ser santo tiene que *velar*. “Pero tú vela en todo...”³⁴ (2 Ti. 4:5). “Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos” (1 Co. 16:13). Los hijos de las tinieblas duermen o tropiezan en la oscuridad, en cambio, nosotros que somos del día, seamos sobrios para que no nos venzan las tentaciones y caigamos en las artimañas del diablo o las seducciones de este mundo licencioso. “Bienaventurado el que vela” (Ap. 16:15). Mientras velamos, testifiquemos de la buena profesión (1 Ti. 6:13), sin avergonzarnos de Aquel cuyo nombre llevamos. Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia” (He. 12:1) y sigamos “la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Ti. 6:11), puestos los ojos en la venida y en el reino de nuestro Señor Jesús (Tit. 2:13).

El que quiere ser santo tiene que *[entender] su responsabilidad de serlo. Debe comprender su compromiso como miembro del cuerpo de Cristo, al igual que partícipe del Espíritu Santo.* El pensamiento de que no alcanzaremos la perfección aquí, no debe ser motivo para debilitar nuestro sentido de responsabilidad ni para dar cabida a lo que contristaría “al Espíritu Santo de Dios, con el cual [fuimos] sellados para el día de la redención” (Ef. 4:30)... No, porque la posesión personal de esa plenitud, hasta donde vasijas como nosotros pueden contenerla, es responsabilidad de cada santo. Somos santificados por la sangre (He. 13:12), a fin de que seamos santificados por el Espíritu Santo (1 Co. 6:11), guiados por el Espíritu Santo (Gá. 5:18), sea nuestro cuerpo, templo del Espíritu Santo (1 Co. 6:19), andemos en el Espíritu (Gá. 5:16), hablemos por el Espíritu (1 Co. 12:3), vivamos en el Espíritu (Gá. 5:25) y teniendo la comunión del Espíritu Santo (2 Co. 13:14)...

El cristiano *no debe jugar con el pecado bajo ningún pretexto* y, menos, con la excusa de que no está “bajo la ley”. Las advertencias y los preceptos apostólicos son tan explícitos como los de Moisés y mucho más numerosos... Como poseedores del Espíritu de amor debemos amar, dejando a un lado toda malicia, maldad, hipocresía, maledicencia, pagando cada día la deuda que nunca puede ser pagada, [el amor] (Ro. 13:8). Porque el Espíritu que mora en nosotros no es ocioso ni estéril, siempre produce fruto, fruto divino en el corazón humano, fruto celestial en suelo terrenal, fruto que demuestra su origen interior y, en su interior, cuenta con el glorioso Huésped: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gá. 5:22-23)... Como los que han sido librados del “presente siglo malo” (Gá. 1:4), separémonos del mundo como lo hicieron los santos de antaño,

³⁴ Cita de la Biblia Reina Valera 1909 (RVA 1909).

manteniéndonos alejados de sus fiestas como hombres que no tienen tiempo para semejantes cosas, aunque sean inocuas, manteniendo nuestras vestiduras sin contaminación. Desconfiemos de las conversaciones y bromas vanas, cuidémonos de su literatura superficial porque “carcomerá como gangrena” (2 Ti. 2:17), corrompiendo el gusto y debilitando el alma. Mantengamos sin mancha nuestro gusto por la oración y comunión con Dios como el gran preservador contra las seducciones de la época; *porque sólo la intimidad con Dios puede impedir alguna intimidad con el mundo*. No tratemos de combinar la novela con la Biblia, el armario con el salón de baile —tampoco intentemos servir a dos señores, tomar de dos copas (1 Co. 10:21), adorar a dos dioses, disfrutar de dos religiones, arrodillarnos ante dos altares—.

Estemos en guardia contra el viejo hombre en todas sus formas, sea indolencia, mal genio, frialdad, rudeza, desobediencia o descuido, mezquindad³⁵, codicia, falta de respeto [ligereza], engreimiento, soberbia, astucia, obstinación, amargura, trivialidad en asuntos serios, estupideces o amor por la preeminencia. Cultivemos una conciencia sensible, evitando antiguas ideas y presunciones, cuidando de no cometer pequeños pecados ni omisiones de pequeños deberes; redimiendo el tiempo, pero sin afanes; tranquilos, alegres, transparentes, felices, afables, generosos, desinteresados, considerados con los demás. En vista de que tenemos que protestar contra el mundo en relación de muchos puntos importantes, procuremos diferir con él, lo menos posible en asuntos indiferentes, demostrando siempre amor hacia aquellos con quienes nos encontramos, no importa lo irreligiosos y antipáticos que sean, evitando, en especial, exhibir un espíritu despectivo o un aire de superioridad.

Como discípulos de Cristo, que sea nuestro discipulado íntegro y consecuente, nuestra conexión con Él se exhiba en conformidad con su semejanza. Sea nuestra vida un credo completo, nuestro andar la personificación de todo lo que es honesto, hermoso y de buen nombre. La verdad de Cristo santifica y también libera, su sabiduría purifica y también aviva. Tengamos cuidado en aceptar la libertad sin la santidad, la sabiduría sin la pureza, la paz sin celo y amor.

Seamos personas fieles en el mejor sentido de la palabra: Fieles con nosotros mismos, fieles a nuestro nuevo nacimiento y nuestro nombre nuevo, fieles a la iglesia de Dios, fieles al Espíritu que mora en nosotros, fieles al Señor y a su doctrina, fieles a ese libro del cual Cristo es el tema central.

Seamos fieles a la verdad, amándola, no porque sea agradable, atractiva o antigua, sino *porque es la verdad y es divina*. Alimentémonos de ella cada día con renovado apetito, pues así agregaremos no uno, sino muchos codos a nuestra estatura, creciendo en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo...

³⁵ **Mezquindad** – Conductas despreciables.

Nuestra constitución espiritual tiene que ser reforzada, no sólo para estar fuerte para hacer la obra o pelear la batalla, sino también para estar inmunizados contra *la infección de la época*, contra el veneno con el que el dios de este mundo, el “príncipe de la potestad del aire” (Ef. 2:2), ha impregnado nuestro ambiente. Para esto necesitamos, no sólo “alimento sólido” recomendado por el Apóstol (He. 5:12-14), sino también el aire penetrante y fresco de la montaña que son las pruebas, vicisitudes y dificultades por las cuales nos hacemos fuertes y robustos, protegidos contra el contagio (sea que proceda del riguroso pictorialismo eclesiástico o liberalismo religioso) de los embates de Satanás el fariseo o Satanás el saduceo. Los que han caído en un credo (no saben cómo), se han soñado con él o han sido arrastrados por la multitud; aquellos para quienes el hallazgo de un credo ha sido cuestión de lectura, educación o emoción; aquellos para quienes la fe ha sido sólo el resultado de un conflicto intelectual, no una lucha a muerte de la conciencia —aquellos, no poseen el verdadero poder para resistir—.

No poseen ninguna virtud *desinfectante* ni ningún poder *repelente de errores*. Las epidemias de la época les dicen mucho; a pesar de que pueden haberse apoderado de la verdad, es evidente que la verdad no se ha apoderado de ellos. En un momento de incertidumbre, escepticismo, especulaciones y progreso falso, necesitamos identificar el significado completo de las expresiones apostólicas “sabemos” (1 Jn. 5:13-20), “creemos” (2 Co. 4:13), “vivimos confiados” (2 Co. 5:6), “estoy seguro” (2 Ti. 1:12). Porque lo que es divino tiene que ser verdad y lo que, por lo tanto, es divinamente verdad y cierto, tiene que ser inmortal. Al igual que los resultados de las ciencias exactas, es fijo, sin variantes para todas las personas y todos los tiempos. Lo que *fue* cierto, *es* cierto y *será* cierto para siempre... Pongámonos sencillamente en las manos del Espíritu vivificador. Derramará en nosotros la plenitud de una vida diversificada, fructífera y saludable. La maldad en nosotros es demasiado fuerte como para que la venza algún poder que no sea la Omnipotencia. La resistencia de la voluntad humana es demasiado poderosa para la filosofía, la lógica, la poesía o la elocuencia. *¡Sólo el Santo puede hacernos santos!*

La vida no se trata de una sola batalla, sino de muchas. Incluye fracasos, al igual que victorias. No nos preocupemos demasiado ni nos desanimemos cuando perdemos una batalla. Siempre hay tiempo para ganar otra, y cosas como el escapismo o la desmoralización, no tienen lugar en el ejército del Dios viviente... “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31). “Me ceñiste de fuerzas para la pelea” (Sal. 18:39).

La vida cristiana es maravillosa, una de las cosas más extraordinarias sobre la tierra. Aunque compuesta de “cosas pequeñas” cotidianas, dista de ser una pequeñez. Si es vivida con fidelidad, sea por el pobre o el rico, por el niño o el adulto, es noble en todo; una parte del maravilloso todo, en el cual y por el cual será anunciado a principados y potestades en los lugares celestiales... la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 3:10).

No tiene que ser una vida prolongada; una existencia corta puede ser tan fiel y santa como una larga. Vivir pocos años no es un fracaso. Juan el Bautista tuvo, quizá, uno de los ministerios más breves de la Iglesia, pero no fue un fracaso, *fue uno de los más exitosos*. “Él era antorcha que ardía y alumbraba” (Jn. 5:35)... No tiene que ser alguien que lleva muchos años de creyente para desplegar las hermosuras de la santidad.

Si la vida nueva fuera sólo quitarle el herrumbre a lo viejo; si consistiera nada más que en endulzar el pozo de Mara (Éx. 15:22-25) de nuestra naturaleza corrupta, no sería más que un proceso común, sin ningún milagro; si todo lo bueno fuera de fácil acceso para cualquier persona buena; si una literatura refinada o una teología liberal, y el cultivo de lo bello y de la ciencia social, y más recreación alegre, fuera el remedio para toda la maldad en nosotros y en nuestra época, entonces significaría que se ha dado mucha importancia a lo de poca importancia; significa que la Biblia es una exageración y el don del Espíritu Santo una exhibición superflua de poder. Si el pecado fuera simplemente una cicatriz común o una arruga que puede ser borrada de la superficie del alma por unos simples toques, si el perdón fuera simplemente un recurso retórico —significando la amplia benevolencia de Dios o su complaciente indiferencia hacia la impiedad— por qué hablar de ira, de juicio, del gusano que nunca muere y del fuego que nunca se apaga (Mr. 9:46). ¿Se complace Dios en atormentar a sus criaturas con palabras duras o llenar su mente con imágenes de penalidades que no tiene la intención de aplicar? ¿O por qué se afligió, lloró y sufrió el Hijo de Dios? Si el error fuera algo insignificante, una debilidad o, en el peor de los casos, inusual, o si fuera un despliegue de propósitos sinceros y el resultado inevitable del libre pensamiento, ¿por qué habla la Palabra tan mal de un “poder engañoso” (literalmente, “la energía del error”) por el que son “condenados todos los que no creyeron la verdad” (2 Ts. 2:12)? ¿Por qué dijo el Señor, una y otra vez, refiriéndose a la falsa doctrina, “la que yo aborrezco” (Ap. 2:15)?

Así como el elemento más fuerte, pero más tranquilo en el mundo es la luz, la vida cristiana debe ser la más fuerte y grande, al igual que la más quieta y, a la vez, luminosa. Así como el rayo de luz es lo único perfectamente derecho y como la única sustancia pura es la luz del sol, así debe ser nuestro vivir y así debiéramos querer brillar como luces en el mundo, reflejos de Aquel que es su luz —lo único recto y puro sobre la tierra—.

¡Entonces brillemos! Somos estrellas, no soles; pero aun así, estrellas somos, no simples sirios³⁶ ni meteoritos. ¡Brillemos! Dando quizá una luz sutil, pero luz segura y pura, —suficiente como para advertirle a los hombres:

³⁶ **Sirios** – El autor se refiere a *Sirio* o *Sirius* en su denominación latina, el nombre propio de la estrella *Alfa Canis Maioris* (α CMa, también *Alfa Canis Majoris*), la más brillante de todo el cielo nocturno, vista desde la Tierra, situada en la constelación del hemisferio celeste sur *Canis Maior*.

“Está oscuro”, para que no se equivoquen, pero no necesariamente tan brillante como para pensar que ya está amaneciendo; lo suficiente como para guiar a los que buscan su camino o llevar a los errados a buen camino, pero no lo suficiente como para iluminar el mundo entero. Sólo el sol puede hacerlo. El sol nos muestra todo el panorama, las estrellas sólo se muestran ellas mismas. Por lo tanto, mostrémonos de manera inequívoca. El día cuando todas las cosas sean vistas en toda su plenitud, será el día cuando aparezca el sol excelso.

“La noche está avanzada, y se acerca el día” (Ro. 13:12). No nos ocultaremos, ni nublaremos; simplemente nos perderemos en la luz. Y no lo resentiremos recordando que el esplendor en el que se absorbe nuestra luz es la del Sol eterno. A medida que su esplendor va en aumento, nuestra luz decrece, entonces ¿no diremos acaso: “Mi gozo está cumplido” (Jn. 3:29)?

Tomado de *El camino de Dios hacia la santidad (God's Way of Holiness)*, disponible en CHAPEL LIBRARY, solamente en inglés.

Horatius Bonar (1808-1889): Pastor presbiteriano escocés cuyos poemas, himnos y tratados religiosos eran muy populares durante el siglo XIX; nacido en Edimburgo, Escocia.

